

EDICIONES  
BISTAGNE

1  
pta

CATALINA

BARCENA



JOSE  
CRISPO

ANTONIO  
MORENO



SEÑORA CASADA  
NECESITA MARIDO



*Manuel  
Beyrout & Co. Beirut*

SEÑORA CASADA NECESITA MARIDO



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 30 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

## Señora casada necesita marido

Divertido asunto, hablado en español, basado en la novela de EUGENIO  
HELTAL, "Mi segunda mujer"

Adaptación cinematográfica de  
JOSÉ LÓPEZ RUBIO

Supervisión  
GREGORIO MARTINEZ SIERRA

Dirección de  
James Tinling

Es un film FOX  
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por  
HISPANO FOXFILM, S. A. E.  
Valencia, 200  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## Reparto:

Irma Karen . . .	CATALINA BÂRCENA
Tomás Karen . . .	ANTONIO MORENO
Alejandro Koltai . . .	JOSE CRESPO
Antónito Orboc. . .	VALENTIN PARERA
Betty Morgan . . .	Bárbara Leonard
Tío Max . . . . .	Ramualdo Tirado
Juana Blomberg. . . . .	Mimi Aguglia
Cantante . . . . .	Tito Coral
Julio . . . . .	José Peña Pepet
Doncella . . . . .	Mawita Castañeda
Cliente . . . . .	Carlos Villarias

# Señora casada necesita marido

Argumento de la película

## EL ENCANTO DEL HOGAR

—Lo he soportado todo... ¡todo!... He oído de ti cuanto hay que oír. ¡Pero que llegaras a decirme que te estoy arruinando!...

—¡Yo no he dicho eso!... Lo que he dicho es que hemos gastado demasiado este mes.

Las dos voces sonaban alteradas por una discusión que debía hacer ya rato que estaba empezada. La de ella, fina, agradable, insinuante, electrificaba al marido que contestaba con un poco de exaltada acritud, mientras decía, como si hablara de algo muy delicioso, las cosas que

sabía podían hacer más daño a su marido.

El criado que les servía a la mesa les miraba sin sorpresa. Aquellas discusiones debían ser frecuentes entre el matrimonio, porque se mantenía tieso, detrás de la señora, en espera de que terminara ésta de hablar — ¡difícil espera! — para que se sirviera la sopa.

—¡Que hemos gastado demasiado este mes!... ¿Y qué más da un mes que otro?... ¡Este mes... este mes!... El pretexto es este mes. ¡Claro que no iba a ser el mes pa-

sado ni el año de la gripa!... ¡Tenía que ser este mes!... ¡Precisamente este mes!

La mujercita hablaba sin alterarse mientras el marido se había levantado de la mesa tapándose los oídos para no escuchar aquella palabrería inútil. La mujer le miró, se detuvo un momento y, como si de pronto se le ocurriera algo muy importante, preguntó a su marido:

—¿En qué mes estamos?

—¿Eh?... — preguntó él desconcertado—. Pues... — Se le había olvidado totalmente en el mes en que vivían, cosa, al parecer, sumamente importante según el tono misterioso con que se lo había preguntado su mujercita.

—¿Ves?... ¿Lo ves claro? — siguió diciendo ella en el mismo tonillo impertinente y enervante—. Me echas en cara los gastos de este mes y ni siquiera sabes en qué mes estamos... ¿Ves cómo no lo sabes?... Si lo sabes dí... anda, a ver...

Estaba ella bien convencida de que su marido no se acordaría del nombre del mes y esto le daba un gran placer; pero había olvidado que detrás de ella, el criado—hombre al fin, y protector del hombre... — hacia señas al señor que éste

comprendió bien pronto y contestó triunfalmente:

—¡Julio!... ¡Eso es, estamos en julio!...

Irma volvió la cabeza, vió al criado que le presentaba la sopa sonriendo con picardía y le dijo severa:

—¡Llévese esto!...

—¿No toma sopa la señora?

—No... ¡Julio! — replicó con ironía mirándole salir del comedor y diciendo cuando ya hubo salido—. ¡Claro, naturalmente, no se iba a llamar noviembre!... Y si gasto o no gasto no es más que el pretexto para echarme en cara que el dinero es mío...

—¡Irma! — exclamó el marido sintiendo que la sangre le comenzaba a hervir en las venas.

—No, no, ya sé que vas a decir que no me lo has dicho nunca... ¡Claro que no!

—¡Pues entonces! — exclamó él sintiendo un alivio que fué fugaz, porque Irma siguió diciendo:

—Pero me lo das a entender a todas horas, que es peor... Porque hay gestos, actitudes, silencios, que hieren mucho más que las palabras... Y ahora ya no te falta más que pegarme... No, no... ya sé que

vas a decir que no me has pegado nunca... ¡Buena estaría!... ¡Ni yo me hubiera dejado tampoco!... Aunque quizás fuera mejor que me pegaras — añadió cambiando de tono y poniendo un aire de mártir que le sentaba muy bien, pero que al marido ni le hacía tantito así de gracia — porque hay palabras que duelen mucho más que los golpes... Hay mujeres a las que las pegan sus maridos y, sin embargo, son felices.

El marido, que había tomado una copa para beber un sorbito de vino que le repusiera de la corajina que le daba todo aquel discurso de Irma, arrojó con toda la rabia la copa al suelo, sintiendo en su fuero interno ganas de dar una azotaina a aquella niña malcriada que le estaba exasperando mucho más de lo debido.

—¿Anda, hijo, anda, saca ahora el genio! — exclamó Irma tratando de herir aún más a su marido con una sonrisita capaz de enervar los nervios del más templado—. Rompe, hijo... rompe... al fin y al cabo tuyo es... ¡Si yo me atreviera a una cosa así!... ¡Habría que oírte!...

—¿Te atreverás a decirme que nunca has roto nada? — preguntó

Tomás acercándose a su mujer con gesto amenazador.

—¿Yo? — exclamó ella con aire de víctima propiciatoria.

—¿Y esto?... ¿Y esto?... ¿Qué es? — preguntó mostrando una cicatriz que tenía en la frente, cerca de la raíz del cabello—. ¿Has olvidado el lavafrutas que me rompiste en la cabeza?

—Acuérdate bien que el lavafrutas no se rompió... — contestó Irma sonriendo, satisfecha de poder afirmar que ella no había roto nunca nada.

La discusión se fué agriando cada vez más, hasta el punto que, a juzgar por el estampido que se escuchaba desde el hall, no debía quedar en el comedor títiro con cabeza. Así lo comprendió el tío Max que había preguntado a la linda camarera que le abrió la puerta:

—¿Están los señores?—. Y al escuchar el estrépito de porcelana y cristal rotos, añadió—: ¡Ah, están! No me anuncies, guspa, esperaré aquí a que se firme el armisticio...

Y se sentó en el salón, al lado del comedor, entreteniéndose en formar con un rompecabezas el cuadro del modelo. Después de los golpes producidos por la porcelana y el cris-

tal al chocar contra el suelo, escuchó la voz de Irma que seguía diciendo incansablemente:

—Claro que me lo tengo yo muy merecido por no haberte parado los pies desde el primer día, por ser una mujer callada...

—¿Callada tú, que hasta hablas en sueños?

—Será porque sueño contigo...

—¡Ah!... ¿Sueñas conmigo?...

—Sí... ¡cuando tengo una pesadilla!... ¡Oh, si hubiera contestado que no cuando me preguntasteis los dos si me quería casar contigo!... — exclamó la voz de Irma llorosa.

—¿Los dos? ¿Quién era el otro? — preguntó Tomás sin comprender a su mujer.

—¡El cura!... Te aprovechas de que soy una pobre mujer indefensa para abusar de mí...

Tomás, ya incapaz de resistir por más tiempo el ataque verbal de su esposa, salió del comedor y entró en el salón, donde Max estaba muy atareado con su rompecabezas, mientras esperaba que pasara aquel chaparrón.

—¡Hola, Tomás! ¿Qué hay? ¿Entrenándose para la próxima Olimpiada? — le preguntó el tío

Max sin levantarse del asiento y siguiendo su juego.

—¡Dos años así! ¡Dos!... — exclamó Tomás exasperado.

—Cinco, hijo, cinco... te olvidas de que hace cinco años que estamos casados — corrigió Irma, apareciendo a su vez. — ¡Hola, tío Max!

—Cinco que estamos casados, pero dos que estamos en pie de guerra — afirmó Tomás.

—¿Quién tiene la culpa?

—¡Yo!

—Menos mal que lo reconoces...

—Yo, por haberme casado contigo...

—¡Oh, muy amable!... Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que eres una criatura perfecta; pero que tienes el horrible defecto de ser mi mujer...

—Pues mira, eso se arregla muy fácilmente. Mañana mismo tomo el tren y me voy a casa de mi madre... — dijo Irma decidida a todo.

—¡Si hubieras tomado el tren siempre que lo has dicho, los ferrocarriles serían un negocio fantástico! — exclamó Tomás sin creer lo que su esposa le repetía por millonésima vez.

—No olvidéis que el divorcio es como sacarse un diente — intervi-

no el tío Max, sin dejar de la mano el rompecabezas, que se le resistía más de lo que él había creído—. Poner un diente de oro es muy fácil, pero... ¿y encontrar una dentadura para el diente extraído?

Irma y Tomás se miraron con mirada de reto. Ella, coquetuela y traviesa; él serio y sombrío, como si estuviera fatigado del trato que le daba aquella mujer a la que al fin y al cabo quería más que a nada en el mundo.

—El secretario del señor aguarda — anunció el criado, que acababa de abrir la puerta al secretario, que era un hombre de pocas palabras, pero muy comprensivo.

—¡Ah, sí! Que pase al despacho — contestó Tomás recordando y explicando a su mujer—: Tenemos que revisar el informe. Acabo en seguida.

—¡Claro! Ya lo sabía yo... iremos al teatro a las tantas — contestó Irma de mal talante dando la espalda a su marido y mirándose al espejo.

—Hubiera terminado en un momento — replicó Tomás cediendo para que la discusión, que parecía atenuada, no volviera a tomar incremento—. Bueno, dile que se vaya—

ordenó al criado—. ¿No oyes? — preguntó al ver que el criado no salía a cumplimentar su orden.

—¿No ha oído usted? — añadió Irma volviendo la cara triunfalmente al criado que se apresuró a llevar la orden al secretario.

—Dice el señor que se marche usted.

El secretario, psicólogo profundo, se sentó en la banqueta del recibidor, sacó de su gran cartera una novela, se ajustó bien las gafas y se puso a leer decidido a esperar el cambio de opinión del señor, o mejor dicho, *de la señora*...

—Y luego me echarás a mí la culpa diciendo que ni siquiera te dejo trabajar... — decía entretanto Irma a su marido que se volvió a ella y le preguntó con una resignación desesperada:

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Que le llares. ¡Julio, detenga usted a ese hombre! Que espere. El señor le necesita. ¿No ha oído usted? — ordenó al criado que estaba en la puerta del salón indeciso y sin saber qué orden obedecer.

—¿No oyes? — preguntó Tomás imponiendo su voluntad al criado que esperaba siempre la orden de su

amo para cumplir lo que la señora mandaba.

—Dice el señor que espere usted — dijo Julio al secretario que, sin responder palabra, seguro ahora ya de que la orden era definitiva, guardó la novela, volvió a ajustar sus gafas que resbalaban por su nariz larga y delgaducha, tomó el sombrero y salió de la casa, contento de no tener que trabajar aquella noche.

En el salón Irma se había dejado caer en un diván y, empeñada en armar camorra a toda costa, dijo, mirando a su marido de soslayo para ver el efecto que le producían sus palabras:

—Ya sé que me tengo que sacrificar siempre y no ver nunca los primeros actos de las comedias.

—Entonces, ¿qué? — preguntó Tomás, que estaba dispuesto a ceder nuevamente.

—Nada. No me preguntes. ¡Para lo que sirve en esta casa mi opinión!

Era como para dar un azote a aquella mujercita caprichosa, antojadiza y, además, quisquillosa; pero Tomás se contuvo y ordenó al criado, decidido a cortar, fuera como fuera, la discusión que Irma se empeñaba en entablar.

—Dígale al secretario que se puede marchar, que le veré mañana.

—Está bien, señor — contestó Julio sonriendo interiormente al pensar que el secretario debía estar a aquellas horas camino de su casa.

—Ea, anda, vamos — exclamó Tomás volviéndose a su mujer y decidido a darle gusto llevándola al teatro a una hora puntual.

—¿Dónde? — preguntó ella sorprendida.

—Al teatro. ¿No vamos a ir al teatro?

—¿Al teatro, sin haber comido? — preguntó Irma extrañada.

—¡Puedes comer, tienes tiempo sobrado! Yo no tengo empeño ninguno en ver el primer acto de las comedias! — gritó Tomás perdiendo ya la paciencia.

—¿Comer ahora, con esta disgusto?... ¿Cómo voy a poder probar bocado?... ¡Ay, me pondría malísima!...

—Sería una lástima — contestó Tomás con ironía acerba.

—¡Oh!... ¿Tú crees que se puede vivir con un hombre como és-

te? — preguntó Irma dirigiéndose al tío Max que escuchaba en silencio toda aquella discusión, mientras iba construyendo el cuadro del rompecabezas.

—¿Tú crees que se puede vivir con una mujer como ésta? — gritó Tomás.

—¿Qué le pasa a esta mujer? — preguntó ella encarándose con su marido—. Vámonos a ver, di, ¿qué le pasa? ¿Quieres decir que soy insostenible? ¡Dí!... ¿Soy insostenible?

—¡Sí!... ¡Eres aborrecible!

Sonó un formidable bofetón que retumbó en la estancia haciendo levantar la cabeza al tío Max que sólo vió salir a Irma del salón llorando desconsoladamente.

—¡Tomás, me parece que te has excedido! — exclamó mirando severamente a su sobrino—. ¡Tú no sabes cómo ha sonado!

—¿Me lo vas a decir a mí? — preguntó Tomás mostrándole la mejilla enrojecida por el golpe — ¡Mira!...

—¡Ah!... Pero ¿ha sido ella?... Entonces ¿por qué lloraba?... ¡Nunca comprenderé los misterios del corazón femenino!... Oye, To-

más, ¿a qué teatro ibáis a ir? — le preguntó insinuándose para que el sobrino le regalara las localidades.

—Al Wintergarden. Toma — replicó Tomás dándole las entradas, porque conocía bien a su tío y le bastaba una palabra para comprender lo que pretendía.

—Gracias, hijo... Pero, es que yo pensaba invitar a una muchachita muy mona...

—Creo que te he dado las dos entradas.

—Sí; pero ¿no crees que después del teatro debo llevarla a beber alguna cosilla?

Tomás se metió la mano en el bolsillo y le dió un billete. Quería sacarse de delante al importuno para correr al lado de su mujercita y consolarla del cachete que él había recibido.

—Gracias, Tomás... Mira, me habéis dado tiempo para terminar mi cuadro... Se llama "La paz del hogar" — dijo el tío Max mostrándole todas las piezas del rompecabezas unidas y que representaban un matrimonio ideal, en un jardín de cromo, contemplando el sueño tranquilo del bebé que dormía en la cuneta.

Tomás dió una manotada a aquello que tanto trabajo había costado al tío Max y que era como una ironía amarga en aquellos momentos

en que él y su mujer estaban distanciados por una disputa que podía traer muy malas consecuencias.

## EL PACTO

Tomás corrió a las habitaciones de su mujer y dió unos golpecitos ligeros en la puerta, parándose a escuchar. Sólo oía los sollozos ahogados de Irma, que le acababan de exasperar. Volvió a golpear la puerta y, viendo que no obtenía contestación, gritó:

—¡Abre!... ¡Irma, abre, abre!... ¡Irma, abre la puerta!... ¡Abre!... —gritó al ver que no le hacían caso.

—Está abierta—contestó la voz llorosa de ella desde el interior de la habitación.

Tomás entró y encontró a su mujer echada sobre la cama y con el cuerpo sacudido por los sollozos. Se acercó a ella, la tocó levemente el hombro y le dijo:

—Irma... Irma... ¿no podemos continuar así!...

Alzó ella la cabecita rubia y graciosa y mirando a su marido con los ojos llenos de lágrimas, contestó:

—¡Ni un minuto más!

—¡Esto no es vida!—exclamó el marido paseándose por el cuarto

mientras comenzaba a deshacerse el nudo de la corbata.

—Sí es vida... pero una vida espantosa. Por eso será mejor que nos divorciemos.

—¿Divorciarnos?—preguntó Tomás con acento extrañado.

—Sí, sí, divorciarnos — afirmó ella con resolución.

—¿Yo no me divorcio!

—Yo sí.

—Tú sola no puedes. Tenemos que estar los dos de acuerdo.

—Si estuviéramos de acuerdo no nos divorciaríamos — replicó ella sonriendo con ironía.

—Además, si quieres divorciarte, tendrás tú que presentar la demanda... y justificar los motivos.

—Bueno, ¿me sobran motivos!

—¿Qué motivos?—preguntó él intrigado.

—Los que sean... ¿Cuáles son los mejores?

—Infidelidad... — dijo Tomás, como si hablara a una cliente y no a su esposa.

—¡Muy bien!—exclamó ella encantada.

—¡Ah, sí, pero eso es infundado!... Yo no te soy infiel.

—Da lo mismo—replicó ella in-

alterable—. Te puedo ser infiel yo a ti...

—¿Qué dices, insensata?—preguntó Tomás cogiendo a su mujer por los hombros y sintiendo ganas de abofetearla en aquellos momentos. ¿Qué dices, desdichada?... ¡Si me eras infiel te mataba!... ¿Lo oyes?... ¡Te mataba!...

—Muy bien... Insultos, malos tratos, amenazas... ¿Es bastante?...

—¡Sobra!—contestó Tomás, vencido—. Mañana mismo puedes presentar la demanda.

—¡Ya lo creo!... ¡Mañana mismo!—exclamó Irma en tono triunfal, mientras deshacía su peinado y se iba preparando para acostarse. De pronto se detuvo y siguió diciendo—. No, mañana no puedo. Tengo hora con el peluquero y con la modista. No querrás que me presente al juez hecha una facha sin haber elegido los modelos de la temporada ni haberme hecho la permanente. ¡Me divorcio!... ¡Vaya si me divorcio!...

Volvió a callar un momento, sólo un momento, porque Irma sólo podía estar callada por momentos, y luego, mirando a su marido que estaba ya en pijama, le dijo sin abandonar aquel tonillo irritante que le

estaba llevando al paroxismo de los nervios:

—No, no me divorcio si tú te empeñas en llevarme la contraria. No me divorcio hasta saber con quién me voy a volver a casar.

—¿Qué dices?—preguntó Tomás sintiendo cada vez mayores deseos de abofetear a su mujer.

—¡Claro! No creerás que por el solo hecho de dejarte se acabó la vida para mí y me encierre en casa con un gato y un loro... ¡Yo me quiero volver a casar!... ¿No crees que puedo hacer feliz a otro hombre?

—A otro... ¡puede que sí!—susurró entre dientes Tomás, que estaba lleno de coraje.

—¡Ay!—suspiró ella, coquetucla y maliciosa—. Llevaba razón el tío Max en aquello de que sacarse un diente es muy fácil... ¿Con quién me caso yo ahora?

—Allá tú...

—¡Allí yo, no!... Es cosa de los dos. ¿Tú no quieres divorciarte?

—Lo estoy deseando.

—Pues entonces debes tener tanto interés como yo en que encuentre marido y debes ayudarme a buscarlo...

—¿Yo?... ¡No faltaba más!...

—¿Por qué no faltaba más? ¿Qué trabajo te cuesta?

—¿Pero tú crees que eso es papel para un marido?

—Bueno, pues como no me busques marido no me divorcio y te fastidias...

—Pues te lo busco. ¡Vaya si te lo busco! ¡Qué no haré yo con tal de perderte de vista!

—¡Uy, qué monstruo!—susurró ella, acercándose a la cama en donde él ya se había acostado, y apagando discretamente la luz...

## EN BUSCA DE MARIDO

El pacto estaba hecho. Tomás se había comprometido a buscar marido a su mujer y la llevaba a todas partes, como una buena mamá que lleva a sus hijas casaderas a la feria, para ver si pescan novio... Tomás hacía de mamá y mostraba las dotes sobresalientes de los posibles candidatos, mientras Irma ponía objeciones y criticaba a todos cuantos le proponía.

Fueron a las carreras de caballos. Uno de los jinetes se movía con gracia singular sobre la grupa del caballo y la mujercita le seguía con los prismáticos, mirando encantada al hombre que el marido le proponía.

—¿Tú crees de veras que ese hombre me convendría?... Quizás sí, pero a caballo todos los hombres tienen buen tipo... ¡Cuando se apean es la desilusión!

Nada podía hacerse con el jockey que Tomás le había señalado como un tipo soberbio. Fueron al concierto. El director de orquesta era arrogante y movía la batuta con artísticos dibujos, trazados en el aire. Tomás se lo indicó también a su mujer.

—¡Ay, no, hijito!... ¡Ca!... Querría dirigirme a mí también, y yo no me dejo dirigir por ningún hombre... ¡ya lo sabes!

Tampoco la filarmónica se mostraba propicia a Irma. Tomás la llevó a los juegos olímpicos. El campeón de los saltos con pértiga también era un joven soberbio de cuerpo.

—Sí, tiene una posición elevada... pero no me gusta el color de los ojos...—fué el comentario que suscitó en Irma el atleta.

Tomás la llevó a un pugilato. Ir-

ma contempló a los dos boxeadores que se agredían con ensañamiento y, después de haberles mirado bien con sus prismáticos, dijo:

—Los boxeadores, ya se sabe... mucha apariencia... pero al cuarto round están ya agotados...

¿Qué quería aquella mujer? Tomás ya no sabía dónde llevarla. Fueron a una sala de juego y le mostró al que llevaba la banca.

—¡Ay, no, un jugador, no!... Un jugador lo pone todo a una carta, ¡y hay tantas cartas que se pierden!...

Fueron también a ver un partido de lucha. Eran dos monstruos los que jugaban en el ring. Dos hombres fornidos, de carnes fuertes y musculatura de hierro. Dos seres que repugnaba sólo verles luchar en aquel juego en el que vencía el más fuerte y el más bruto. Irma les miraba sonriendo, como si fueran dos niños encantadores.

—¡Oh, la lucha me apasiona!... Déjame ver... ¿Cuál de los dos?... ¿El de la barba? ¡Pshs!... Le encuentro un no sé qué en sus modales... quizá un poco afeminado. ¿no? Quizá me gustará más el fakir que luego se exhibe. Esperemos a ver.

Y cuando apareció el fakir tragándose llamas de fuego, dió un suspiro muy hondo y exclamó, sin decidirse todavía:

—¡Ay, si yo estuviera segura de que en el amor pone también todo ese fuego!...

Tomás ya no sabía dónde llevar a su mujer, que seguía empeñada en encontrar marido, para que hallara al hombre de sus sueños. Asistían a todos los teatros y a todos los cabarets de moda. Se les veía siempre juntos en todas partes y cualquiera hubiera creído que eran un matrimonio ideal y no dos seres que estaban buscando el medio rápido para divorciarse.

Aquella noche fueron a cenar al cabaret. Irma estaba lindísima y brillante. Se sentía rejuvenecida desde que buscaba, de nuevo, marido con el que ser feliz a lo largo de toda la vida. Le parecía que resucitaba los tiempos en que ella era soltera y salía con su mamá a caza de novio... ¡para encontrar a aquel hombre que no hacía nada más que contradecirla siempre!...

En el cabaret, después de algunos números de baile, salió a cantar un joven, vestido de gaúcho, una sentimental tonada, en la que si la mú-

sica era de fuego, la letra rebosaba pasión. Con la sala en una penumbra absoluta y enfocado él por el gran reflector eléctrico, comenzó a cantar, con voz clara y potente, de timbre agradable y dulce la canción amorosa:

¡Qué sabes tú de esas noches de insom-  
[nio  
que paso pensando en ti...  
en las que creo tenerte rendida en mis  
[brazos,  
sintiendo tu aliento tan cerca de mí!

Irma apoyó su carita deliciosa sobre la palma de la mano y escuchó embebida aquellas palabras apasionadas que le hablaban de algo que le producía una dulce exaltación. Tomás la miró de soslayo y se mordió los labios de rabia. ¿Sería posible que su mujer pudiera disfrutar escuchando toda aquella locura dicha por unos labios juveniles, sí, pero que nada podían prometerle a ella...?

El tenor seguía cantando, seguro del efecto que su canción producía en el público femenino, siempre susceptible a todas esas emociones superficiales:

Al darme cuenta más tarde de que estoy  
[despierto,  
que todo es un sueño, que nada es ver-  
[dad...  
¡Qué sabes tú entonces de lo que en mí  
[siento!  
¡Qué sabes tú entonces de cómo sé  
[amar!...

Una nutrida salva de aplausos coronó la labor del artista que había sabido llevar a los corazones femeninos algo de ese eterno ideal soñado en ellos por todas las cabecitas románticas que le habían escuchado.

—¡Ay, cómo canta ese hombre!  
—exclamó Irma, todavía palpitante de emoción, sonriendo con beatitud deliciosa—. ¡Ay, qué tipo tan exótico!

—¡Bah! ¡Un cantante de cabaret! — contestó despectivo y con acento lleno de desprecio Tomás, que no podía tolerar ninguno de los entusiasmos de su mujer por otro hombre que no fuera él.

—¡Qué voz y qué pasión pone en sus palabras!

El maître de hotel se acercó con la carta, que entregó a Tomás, interrumpiendo las expansiones de Irma, que escuchaba lo que su marido iba ordenando:

—Consommé... langosta cardinal... fresas a la crema...

Mientras iba ordenando, Tomás daba a su mujer significativas miradas, haciéndole notar al maître que anotaba en su block lo que el cliente ordenaba. Irma miraba a su marido con una mirada altiva, como queriendo imponerle silencio,

Pero Tomás hacía como que no lo veía y seguía indicándole al elegante maître, que estaba bien ajeno a lo que su presencia estaba dando lugar.

—¿Champaña? — preguntó el maître inclinándose ante Tomás.

—Sí — contestó Irma sonriendo.

—¿Qué? ¡Ah, bueno, sí, está bien! — balbuceó Tomás, que no acertaba a comprender a aquella mujercita que le estaba enloqueciendo con sus ocurrencias.

El maître se apartó de la mesa y entonces Irma pudo dar expansión a su enojo, muy finamente disimulado:

—¿Por Dios, Tomás... no querás que me case con un maître de hotel!

—Pues, mira, tiene un tipo muy distinguido... A lo mejor es un gran duque ruso arruinado por la revolución.

—Pero ¿y si no lo es?

—De todos modos, es un hombre que se pasa la vida vestido de frac. No me negarás que es elegante — afirmó Tomás queriendo hacer prevalecer su opinión.

—¿Es todo lo que se te ocurre proponerme?

—Así no dirás que no me he

ocupado de *nuestro* asunto. Mira, allí tienes a Walter Reiner... — dijo Tomás, mostrándole a un hombre ya entrado en años, grueso y vulgar.

—Viudo, con seis hijos — replicó Irma con displicente indiferencia.

—Y allí está Eric Von Pratter, soltero, medio millón de renta al año — siguió diciendo Tomás, mostrando esta vez a un pobre hombre pálido y delgado, que parecía ya el retrato de la muerte.

—Sí, y con un pulmón deshecho... Los médicos no le dan ni el tiempo para cobrar el medio millón.

—Mejor que mejor — afirmó Tomás con mucha ironía.

—No, yo quiero casarme, casarme, ¿sabes? Y hemos ido a todas partes durante un mes para que no me propongas más que cosas imposibles. ¡Cualquiera diría que no quieres que encuentre marido! — exclamó Irma poniéndose coquetísima y mirando a lo lejos, como si acabara de distinguir a alguien que le interesara sobremanera.

—¿Yo?... ¿Que no quiero yo? ¿A quién saludas? — preguntó con sobresalto al ver la sonrisa insi-

nuante y los ojos llenos de brillo de su mujer.

—A Antoñito Orbok,

—¡Antoñito Orbok! — exclamó Tomás con un aire de desesperación.

—No sé qué tienes que decir de él...

—Un hombre que, a su edad, le sigan llamando Antoñito... ¡no es serio!

—¡Ah, pues es un muchacho muy bien!...

—Que no trabaja en nada.

—¡Ay, otra prueba de buen gusto! Además, ¿para qué quiere trabajar? Tiene una fortuna muy considerable.

—Que se la está jugando estúpidamente...

—Probablemente porque no ha encontrado una mujer capaz de reformarle — replicó Irma arreglándose el pelo con coquetería, con ese gesto tan femenino y tan inconsciente que ca, muchas veces, la prueba inequívoca de que están tratando de hacer una conquista o de que se han sentido conquistadas.

—Las mujeres tenéis la manía de reformar a los hombres y cuando están reformados, ya no os interesan.

—Sí, quizá... Igual nos pasa con los sombreros — contestó ella poniéndose cada vez más coqueta y diciendo las palabras con la mayor de las indiferencias, porque sabía que así le hacía más daño a su marido.

—¿Pero es posible que te guste un hombre así?

—¡Enormemente, hijo! — afirmó ella al ver que a Tomás le molestaba que ella lo confesara—. ¿Por qué no le llamas?

—¿Yo?... ¡No faltaba más! — exclamó indignado el marido.

—¡Ah, claro, ya lo sabía yo!... Con tal de contradecirme...

—¿Quieres que vaya a buscarle, di? — preguntó exasperado el pobre Tomás, que no sabía cómo acertar con su mujercita.

—No, no te molestes...

—¡Ah!...

—No te molestes, porque ya viene él...

Tomás dirigió la mirada hacia el lugar donde estaba fija la de Irma y vió a Antoñito que, aunque le era sumamente antipático, tenía que reconocer que era un buen tipo — acercarse a ella, inclinándose a poco ante Irma y besándole la punta de los dedos con un beso que le pare-

ció a Tomás excesivamente largo.

—¿No se sienta usted? — le dijo Irma, ofreciéndole al propio tiempo la silla que estaba a su lado.

—Muchas gracias, muchas gracias... Encantado — replicó Antoñito sentándose y haciendo caso omiso del marido, que le miraba con ojos de basilisco.

—¡Qué caro se vende usted! — exclamó Irma coqueteando descaradamente con el recién llegado.

—¿Yo?

—Sí; nunca se le ve por ninguna parte. ¿Cuándo va a venir a casa a comer?

—Me va a dar mucha envidia verles a ustedes tan amartelados.

—¿Eh? — preguntó Tomás creyendo que Antoñito se estaba burlando de ellos.

Pero Antoñito hablaba muy formalmente y siguió diciendo, sin hacer caso de la interrupción de Tomás:

—No se habla de otra cosa. Desde hace un mes se les ve a ustedes a todas horas y en todas partes siempre juntos, hablándose bajito, como dos recién casados... Les llaman a ustedes Romeo y Eloísa... No, no, no... Abelardo y... tam-

co, tampoco es eso... no me acuerdo bien. Bueno, un matrimonio que se llevaba muy bien y que sale en el teatro.

—¡Hamlet! — exclamó Tomás mirando burlonamente a aquel imbécil que sólo sabía decir tonterías.

—¡Eso es, Hamlet! — contestó Antoñito, seguro de que aquello era precisamente lo que quería decir.

—El caso es que la felicidad de ustedes resulta un poco... insultante...

—¡Insultante, eso sí! — suspiró Tomás, que comenzaba a sentirse muy molesto con la presencia de aquel hombre que procuraba olvidarle y sólo tenía ojos para su encantadora mujercita.

—¡Ay, no haga usted caso! — dijo Irma abusando de sus prerrogativas y gozándose en la nerviosidad creciente de Tomás—. Esa clase de felicidad sólo se puede tener con un hambre interesante... ¡y hay tan pocos, tan pocos!

—No tan pocos... — insinuó Antoñito atusándose el bigotillo incipiente que le sombreaba el labio y que más que bigote parecía una línea tirada al lápiz.

—¡Ah, poquísimos!... Ahora

comprendo todo lo que me habían contado de usted.

—¿De mí? ¿Quién?

—Mis amigas... ¡Usted no sabe las víctimas que ha hecho ese bigote!

Tomás hubiera querido coger a Irma por el brazo y alejarse de allí más que de prisa, porque aquello ya no se podía aguantar. El no era más que un pobre muñeco, del que se estaban burlando conscientemente aquellos dos personajes: su mujer y Antoñito, el joven de nombre poco serio... Y para agravar sus males, de una de las mesas vecinas llamaron a Tomás.

—Es un cliente, con permiso— dijo levantándose de mala gana y acudiendo al caballero que le había llamado, mientras seguía mirando receloso a Irma, que se había puesto más coqueta desde el momento en que él había dejado la mesa.

—Mister Karen — le decía el cliente—. La parte contraria no quiere llegar a arreglo. Creo que mañana mismo debe usted presentar el recurso a la Audiencia.

Tomás estaba distraído, con el oído atento a lo que se decía en la otra mesa, en aquella en que estaban Irma y Antoñito.

—¿A cuántas mujeres habrá dicho usted lo mismo? — preguntaba Irma bajando los ojos con fingido rubor y sonriendo con íntima satisfacción.

—A muchas, a muchísimas... pero como a usted, con el alma, a ninguna...

—¡Por Dios, Antoñito!

—De veras, Irma. Usted es como un rayo de sol en mi vida...

—¡Ay, Antoñito... que soy una mujer casada! — exclamó Irma sin dejar de sonreír ni de coquetear, sólo para dar coraje a su marido que en aquel momento la estaba mirando.

—¡Casada!... Con un hombre insignificante, con un hombre frío que no puede abrasarla a usted en un volcán de pasión... ¿Vendrá usted a mi casa? Dígame que sí...

—¡Ay, no, no!

—¿No? ¿De veras no? — preguntó Antoñito, que ya se había levantado para despedirse, a tiempo que Tomás regresaba al lado de su mujer.

—Quizá... — le replicó Irma bajando los ojos y mirando por entre las pestañas a su marido, que estaba con cara de juez.

—¿Se va usted? — preguntó To-

más por decir algo, porque deseaba de todo corazón que Antoñito se marchara y no volviera a ponerse ante él nunca jamás.

—Sí; me voy, la ruleta me espera...

—¡Es usted incorregible! Adiós, Antoñito. Llámeme por teléfono y le contestaré — dijo Irma alargándole la mano y mirándole con gran coquetería.

—¿Qué le tienes que contestar por teléfono? — le preguntó su marido cuando el mequetrefe se hubo alejado.

—¿Eh?... ¡Ah, no me acuerdo! —replicó ella distraída.

—¿Te ha hecho el amor ese hombre?

—No.

—¿Qué te decía de un volcán?

—¿De un volcán? ¡Ay, hijito, si estábamos hablando de helados!

—¡Mientes! —gritó Tomás exasperado.

—¿Tomás! — murmuró Irma, ofendida.

—¡Mientes! — afirmó de nuevo Tomás.

—¡Ah! ¿sí? Pues ahí te quedas —replicó Irma levantándose muy digna y disponiéndose a salir sola.

Pero Tomás se levantó también y la siguió de cerca. No quería perder de vista a su mujer, ahora que la veía decidida a ser de otro, fuera a costa de lo que fuera.

## CONSEJO DE FAMILIA

Cuando el matrimonio Karen entró en su casa, sonaba precisamente el timbre del teléfono. Tomás quiso precipitarse y tomar el receptor, pero Irma había sido más diligente y fué ella la que contestó con una voccecita insinuante y cariñosa:

—*Aló!...*

Una voz varonil preguntó desde el otro lado del cable:

—¿Es el garage Imperial?

Irma tuvo una idea diabólica: miró a su marido, que estaba furioso, puso su voccecita todavía más dulce, y contestó:

—Sí, sí, querido, yo misma...

—¿Nada de bromas, señorita!— replicó la voz del hombre que telefoneaba—. Quiero saber a qué hora va a estar listo mi coche. Me dijeron que esta noche a las diez.

—Bueno, sí... mañana. A las cinco... Sí, ya sé dónde. Pero, me promete usted ser razonable, ¿eh? —dijo Irma, sin hacer maldito el caso de lo que le decía la voz por teléfono.

—¿Eh? ¿Cómo? —preguntó, sin comprender, el que había llamado equivocadamente.

—No faltaré, querido... Camelias, muchas camelias... Hasta muy pronto... Los minutos se me van a hacer siglos...

Irma colgó el auricular y volviéndose a su marido, que se paseaba a grandes pasos por el hall, le explicó muy tranquila:

—Es uno que se ha equivocado de número.

Tomás le dió una mirada fulminante, a tiempo que volvía a sonar el teléfono y su mujer le arrebató

de las manos el auricular que él había tomado.

—¡Aló!...

—Irma—dijo esta vez la voz de Antoñito—. ¿Estoy soñando o soy el más feliz de los hombres?

—¡Se ha equivocado usted! —contestó Irma con una dignidad ofendida.

—¡Irma!... ¿Es posible que la encuentre tan cambiada?... Yo había creído...

—Se ha equivocado usted, digo —repitió Irma colgando el aparato.

Tomás, cuyos nervios era incapaz de dominar, dijo con retintín:

—Ahora era Antoñito, ¿eh?

—Sí—contestó segura de lo que decía Irma.

—¡Oh, esto se ha de acabar ahora mismo! Tenemos que telegrafiar a tu madre.

—¿Telegrafiar a mamá? ¿Para qué?

—Ella tiene más autoridad contigo que yo.

—¡Ah, ya! ¿Y tú crees que mamá...?

—Te ha sabido casar una vez, sin dote... ahora le será mucho más fácil. Hay que contar con ella.

—Entonces, tú, lo que quieras, es un consejo de familia.

—Llámale como quieras.

—Habrá que contar también con el tío Max. Sus sentencias suelen ser utilísimas.

—Bueno. Tengamos un consejo de familia en toda regla. El caso es poner término a esta situación insostenible.

Se acostaron después de haber telegrafiado a la madre y llamado por teléfono al tío, y esperaron confiados en aquel consejo familiar que había de decidir la situación difícil del joven matrimonio empeñado en divorciarse.

Y el consejo de familia tuvo lugar. Cuando la madre de Irma hubo escuchado a sus hijos, exclamó consternada:

—¿Para esto me habéis dejado todo este tiempo sin deshacer el equipaje?... ¡Y yo que te traigo unos encajes magníficos! ¡Ay, qué hijos! Para darme este disgusto tan grande... ¡Vosotros no sabéis el disgusto que me acabáis de dar!

—Bueno, mamá, no te canses... Está decidido y nosotros lo que queremos es tu consejo.

—Si está decidido, ¿por qué me habéis llamado?

—Porque me quiero volver a casar, mamá.

—¡Ah, pues conmigo no cuentes!... Yo no apruebo este disparate.

—Muy bien, pero como está decidido, el disparate se hará. Y tú, tío Max, ¿qué opinas?

—Yo, la verdad, tengo una idea —dijo el tío Max, que era un veje te vivaracho y que sabía aprovechar siempre las ocasiones.

—Alguna incongruencia —afirmó la mamá, que conocía bien al tío Max.

—Hable usted, hable usted —insistió Tomás, que estaba muy violento y quería acabar pronto con aquella conversación.

—Pues yo creo que si de lo que se trata es de encontrar un marido para Irma... ¿cuánto has dicho que le vas a dar?

—Eso no importa ahora —dijo Tomás, que había prometido dotar bien a su mujer.

—Importa, porque yo, por mi parte, si la dotas bien, estoy dispuesto a sacrificarme.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que yo puedo ser quien...

—¿Quien se case conmigo? —

preguntó Irma soltando una franca y sonora carcajada que fué largamente coreada por los demás oyentes, mientras el tío Max les miraba desconcertado y sin comprender.

—No sé a qué viene esa risa, la verdad —dijo, tratando de poner fin a aquellas insultantes carcajadas—. ¿No puedo yo casarme con Irma?

—Usted, puede que sí, pero ella —replicó Tomás que apenas podía hablar, porque las carcajadas se lo impedían.

—¡Allá vosotros! Lo que no entiendo es para qué convocáis un consejo de familia, si no habéis de hacer caso de los consejos... ni de la familia.

—Es que usted ha confundido un consejo de familia con un consejo de administración...

—Muy bien. Después de como se nos ha tratado en esta casa, no creo que podamos seguir aquí dignamente ni un minuto más. Buenas tardes.

El tío Max se alejó, acompañado por Tomás, al que dijo, como si quisiera sincerarse a sus ojos:

—Un buen consejo es siempre un buen consejo... aunque no se siga... y a veces precisamente porque no

se sigue... Así, ureo yo que no ha estado mal ese consejo de familia del que ni tú ni Irma habéis hecho ningún caso...

Tomás sonrió escuchando aquellas palabras del pobre hombre y, en recompensa, le dió unos cuantos billetes, que era lo que al tío Max le hacía siempre más falta.

Entretanto, las dos mujeres se habían encerrado en la habitación de Irma, y la mamá, que era una señora muy apuesta y que no quería que su hija, tan bonita y tan simpática, se consumiera de aburrimiento en un rincón porque a su señor hijo político le diera la gana de divorciarse de ella —la mamá tenía la misma teoría que la hija, y tergiversaba los hechos de una manera muy sencilla—, después de meditar brevemente, exclamó:

—¡Tengo una idea!

—¡Ay, mamá, qué miedo me dan tus ideas!—replicó Irma que estaba un poco de mal humor.

—Puedes poner un anuncio por palabras.

—¿Cómo?

—Eso anuncios pequeños que vienen en los periódicos. ¿No los has visto nunca?

—Pero, mamá, ¿me quieres bus-

car un marido por medio de un anuncio? ¡Ay, qué horror... Llegar a eso! ¡Qué espanto!

—Hija, no es para tanto. Deshonroso no es... Acuérdate de cuando quisimos alquilar una casa junto al mar y cuando se perdió tu perrito... ¿No recurrimos a los anuncios por palabras?

—Sí, pero yo no soy ningún chalet ni un Pomerania extraviado... ¡No accedo!

—Pero, tú, ¿te quieres divorciar o no?

—¡Ay, yo sí, cuanto antes...!

—Entonces, con probar nada se pierde...

—De ninguna manera. Prefiero morirme antes que tener que pasar por esa humillación... —dijo Irma con un tono digno y severo. Pero al ver que su madre le volvía la espalda desentendiéndose del asunto, cambió de voz y añadió sin mirar a su mamá—: Bueno, por lo menos redáctalo bien, ¿eh?

Al día siguiente, aparecía en los mejores periódicos de la ciudad el anuncio, redactado en estos términos:

"Joven y encantadora divorciada, perteneciente a una noble familia irreprochable bajo todos concep-

tos, con una dote de 300.000 coronas, desea volverse a casar. Indispensable caballero correcto, posición social. Absténgase profesionales. Dirigir cartas a este periódico al nombre de "B. 35."

Y las cartas llegaron a centenares. Las dos mujeres las leían con detenimiento e iban apartando todas aquellas que no les parecían serias ni con garantía de felicidad suficiente para ser contestadas.

—Este conde Schofel parece un hombre distinguido — dijo la madre mostrando a la hija una fotografía.

—Sí, pero pedía un anticipo a cuenta de las trescientas mil coronas...

—¡Pobre!... No era mucho... En fin, ¿cuántos han quedado después del espurgo?

—Ocho. Un ex ministro, un coronel de artillería, un senador, un abogado, un propietario, un jefe de estación, un fabricante y un rentista. Pero cuando se les ha contestado, ni el jefe de estación, ni el coronel, ni el propietario han vuelto a escribir.

—Ninguno de los tres era mal partido.

—¡Por Dios, mamá!... ¿El jefe de estación?

—Hija, sabe Dios lo que ganará. El otro día venía el tren abarrotado de gente. ¿Y el senador?

—Indica la conveniencia de pagar cuanto antes algunas deudas que tiene contraídas.

—¡Jesús, cómo se está poniendo la gente!... En fin, no nos queda más que...

—El rentista, mamá. Parece un hombre discreto, nada vulgar... No toca para nada la cuestión del dinero. Escribe con muy buen estilo. Se ve que es una persona educada y distinguida.

—¿Cómo se llama?

—Firma con un pseudónimo. "Flor de lis".

—¡"Flor de lis"! ¡Encantador! Y ¿cómo le vas a conocer?

—Le he citado para esta tarde en el jardín María Teresa. Tomás me esperará en la Patisserie Louise.

—¿Y cómo le reconocerás entre la gente?

—Yo llevaré unas gardenias. A él le he dicho que lleve un clavel blanco en el ojal.

—¡Elegantísimo!

—¿Verdad que sí? Creo que esta vez habré acertado.

—No lo dudo, hija mía... Además, que un rentista no es fruta que abunde en estos tiempos. Te deseo muy buena suerte.

—Gracias, mamá.

Irma se vistió elegantísima. Llevaba un traje oscuro de chaqueta larga, en el cuello de la cual destacaba un grupo de gardenias inmaculadas. El sombrerito menudo, ladeado sobre la frente, dejaba escapar los ricitos rubios de su pelo fino y sedoso. Había ido con Tomás hasta la pastelería de moda, situada en el centro del parque María Teresa y, dejándole allí, siguió ella paseando en busca del galán del clavel blanco. Su corazoncito palpitaba con más fuerza que de costumbre. ¿Cómo sería el hombre que la había de hacer feliz? ¿Alto? ¿Moreno? ¿Buen mozo? ¿Con unos ojos negros llenos de pasión?... No, si fuera así, le parecería que no había cambiado de marido y... sin embargo, se confesaba que el tipo de su marido era el que más le gustaba de todos los tipos de hombre. ¡Quién sabe! Acaso el que la estaba aguardando con tanta impaciencia como ella le buscaba, sería un

caballero que, sin parecerse en nada a Tomás, tuviera también todas aquellas cualidades físicas que a ella tanto le gustaban.

Iba caminando lentamente por uno de los senderos del parque, mirando a todas las solapas que se cruzaban en su camino, cuando de pronto vió sentado en un banco y leyendo atentamente el periódico, a un hombre con traje gris, flamante, y en el ojal un magnífico clavel blanco. Irma se acercó haciendo todos los posibles por llamar la atención del galán, que seguía embebido en la lectura, hasta que se vió obligada a toser repetidas veces, con una tosecilla seca que hizo levantar la cabeza al desconocido galán.

—¡Tú! — exclamó ella echando a reír.

—¡Tú! — suspiró él con una amarga decepción en la voz.

—Pero, tío Max... ¿desde cuándo eres rentista?— preguntó Irma riéndose con todas sus ganas.

El tío Max se puso en pie, se estiró la americana, y contestó mirando a la mujercita que le había jugado aquella treta:

—No me negarás que si en lu-

gar de ser tú hubiera sido otra, iba camino de ser rentista...

—¡También es desgracia! Entre más de ochocientas cartas, hemos ido a elegirte a ti.

—Sí, es mala suerte para ti y para mí... ¡Yo que me había hecho ilusiones... y hasta trajes!

—Vamos. Tomás nos espera. Le he prometido presentarle a *mi rentista*. Verás cómo se va a reír.

Llegaron los dos a la mesa en donde Tomás aguardaba el resultado de aquella primera entrevista entre su mujer y el futuro marido de su mujer, y cuando les vió llegar, preguntó soltando la risa:

—¿Era éste?

—Este era...

—Sí, era yo, pero no le veo a qué viene tanta risa... Más risa me da a mí que *ella* haya sido precisamente Irma. ¿Puedo pedir algo?

—Pide lo que quieras.

—Quiero un chocolate vienés con picatostes — ordenó a la camarerita que había acudido.

Tomás miró a Irma, que estaba muy seria y muy de mal humor y, sonriendo con una leve sonrisa maliciosa, le dijo:

—Bueno, te habrás convencido de que es inútil...

—¿Eh? ¿Inútil qué? ¿El que yo intente encontrar marido?

—Ya lo hemos visto.

—¡Ah!... ¿Quieres decir que soy una mujer incasable? ¿Que no hay un hombre que se pueda interesar por mí? ¿Que soy un bicho?

—Yo no he dicho eso.

—Poco más o menos. Y, claro, te quieres valer de eso para que yo me haga a la idea de que no tengo más solución que aguantarte a ti para toda la vida—dijo Irma, que estaba decidida a armar bronca.

—No, pero...— interrumpió Tomás queriendo explicarse.

—Vamos, que voy a tener que agradecerte el que te hayas fijado en mí... que no puedo hacerme ninguna ilusión—siguió diciendo Irma con aquella insinuante malicia que ponía en las palabras cuando estaba dispuesta a mortificar a su marido—. Pues, mira, yo soy capaz de interesar a los hombres como la más pintada, y que los hombres me miren en la calle y me sigan...

—Aun no lo hemos visto.

—¡Claro, hijo! Como iba siempre contigo a todas partes, tu cara les asustaba...

—Ahora va a resultar que tiene la culpa mi cara.

—Eso lo podemos ver en seguida.

—No sé cómo.

—Déjame ir sola... Verás que fácil es.

—Voy contigo — dijo Tomás levantándose y disponiéndose a seguir a su mujer, que estaba decidida a marchar sola en busca de conquistas.

—Entonces, ¿cómo quieres que...? — preguntó ella deteniéndose y mostrando bien a las claras la contrariedad que le producía la decisión de su marido.

—Bueno, pero al menos, te puedo seguir...

—De lejos, si quieres... Pero no te acerques a mí, pase lo que pase. ¿Estamos?

—Sí.

Irma abrió la marcha. Se arregló el cuello del abrigo, se compuso el coquetón sombrerito, ahuecando los ricitos que por bajo de él asomaban y comenzó a caminar lentamente, mirando a todos los que pasaban a su lado con el fin de llamarles la atención y conseguir una flor de ellos. Pero la gente, a aquella hora de la tarde, marchaba ata-

reada a sus ocupaciones ordinarias y no se detenía ante una mujer bonita y desocupada. Tomás, que seguía a su mujer a algunos pasos, sonreía a todos aquellos individuos a los que la hermosura de Irma no había despertado ni siquiera curiosidad, porque no se habían fijado en ella. Y mientras el marido sonreía satisfecho del poco éxito de Irma, ésta se mordía los labios de coraje, no porque no tuviera éxito, sino porque su marido lo estaba viendo.

Irma se detuvo al borde de la calle, en espera de que dieran la señal de vía libre para los peatones. Fué entonces, cuando ella menos lo esperaba, que se le acercó un caballero y le preguntó insinuante, acercando mucho sus labios al oído de la bella desconocida:

—¿Espera usted a alguien?

Irma le miró desconcertada, porque no estaba acostumbrada a esos escarceos callejeros que siempre le habían parecido de pésimo gusto y, antes de que tuviera tiempo de contestar, ya estaba allí su marido, que replicaba al importuno en un tono autoritario y gruñón:

—Sí, señor, me espera a mí... ¿Qué hay?

SEÑORA CASADA NECESITA MARIDO

—¡Oh, usted perdone! —contestó el otro, largándose más que de prisa de aquella esquina por temor a suscitar un escándalo en el que no hubiera salido él beneficiado.

—¡Qué sinvergüenza! — exclamó Tomás mirándole cómo se alejaba.

—Si me vas a estorbar todas las conquistas, no adelantaremos nada. — protestó como si tal cosa Irma.

—Pero... ¿llamas conquistas a eso?

—Bueno, mira, lo mejor será que me vaya de Budapest. Aquí todo el mundo nos conoce y todo el mundo me respetará mientras me crea casada, o tratará de aprovecharse de que lo estoy... En cambio, donde nadie sepa quiénes somos...

—Bueno, si tú quieres, nos iremos — replicó Tomás decidido a seguir a su mujer hasta el fin del mundo por complacerla.

—No; he dicho que me vaya yo.

—¿Sola?

—¡Claro! Sino, ¿qué adelantamos?

—¿Cómo vas a ir sola? Siempre has ido conmigo a todas partes. No vas a saber...

—¿El qué no voy a saber? ¿Como si fuera tan difícil!... Tú crees que soy una mujer inútil y que

siempre he viajado como un bulto más...

—No he dicho eso.

—Como si lo hubieras dicho.

—Pero no lo he dicho.

—¡Sí!

—¡No!

—Bueno, sí lo he dicho... No sabes hacer nada; ni cruzar una calle, ni tomar un taxi, ni siquiera en qué hora vives...

—Te voy a demostrar todo lo contrario, empezando por cruzar la calle — dijo Irma, bajando de la acera en el preciso momento en que se daba la señal de alto para los peatones. Tomás la cogió por el brazo fuertemente y la obligó a detenerse.

—¡Claro, si eres tú el que se empeña en no dejarme cruzar la calle!

—No soy yo, sino la señal...

—¿Y qué tiene que ver la señal? —preguntó ella furiosa, queriendo de nuevo bajar el bordillo, en el instante mismo en que pasaba un gran camión, que acertó a pasar sobre un charco y le salpicó a Irma todo el vestido.

—¿No ves? —preguntó llena de enojo—. ¡Por tu culpa!... ¡Hubiera tenido tiempo de cruzar! Mañana mismo me voy. ¡No espero ni un día más!

# ¡DE VIAJE!

Irma hizo lo que había prometido. Cogió sus maletas y bajó a la calle decidida a partir, no sabía dónde, pero completamente decidida a partir, fuera donde fuera.

—¿Se va de viaje la señora? — le preguntó el portero ayudándola a llevar las maletas.

—No... Quisiera un taxi. ¿Usted cree que podré tomar uno?

—Sí, señora... ¡Taxi! — gritó al primero que acertó a pasar, abriendo la portezuela y colocando las maletas de Irma en el interior, después que ella se hubo acomodado.

—¿Dónde va la señora? — preguntó el taxista.

—A la estación.

—¿A qué estación?

Irma pareció desconcertada, como si no supiera qué contestar, y por fin dijo aceleradamente:

—A cualquier sitio. El caso es esté más cerca.

En la estación, Irma se acercó a la taquilla y pidió al taquillero:

—Deme un billete coche-cama.

—¿Para dónde? — preguntó el empleado.

—Para cualquier sitio. El caso es que sea coche-cama.

—Pero ¿no sabe usted adónde va?—volvió a preguntar de pésimo talante el empleado, creyendo sin duda que aquella señora estaba loca.

Irma no sabía qué decir. Miró a su alrededor y vió un cuadro muy lindo colgado de la pared, representando un maravilloso paisaje alpino.

—¡Allí! — dijo sonriendo triunfalmente y señalando el cuadro.

El empleado miró hacia el lugar que la dama señalaba y, dando



—¡Yo no he dicho eso!... Lo que he dicho es que hemos gastado demasiado este mes...



—Entonces ¿qué quieres?  
—No me preguntes... ¡Para lo que sirve en esta casa mi opinión!



Sonó un formidable botetán que hizo levantar la cabeza al tío Max...



—Tú sola no puedes divorciarte. Tenemos que estar de acuerdo.—  
—Si estuviéramos de acuerdo no nos divorciaríamos.



...vio a Antoñito inclinándose ante Irma y besándole la punta de los  
dedos...



—¿Usted no sabe las vicissitudes que ha hecho este bigote!



—Si me vas a estorbar todas las conquistas no adelantaremos nada...



—Pero... ¿no sabe usted adónde va?...



—Sí, pero yo no lo sé decir... ¿Por qué te empeñas en escribirme comedias si mi género es la revista?



—¡Yo necesito emociones, choque, exaltación, tensión de ánimo!...



—¡Qué extraordinario talento! ¡Qué fina intuición! ¡Yo la he descubierto! ¡Yo la he creído!



—El señor Kollal, famoso autor teatral... Tomás Karen, mi... abogado.

-Mire lo que pasa...  
¡Betty se ha ido esta ma-  
ñana!  
-¿Se ha ido? ¡Pues  
buen viaje!



-¡Está bien, aquí no! Pero cuando vuelva a encontrarle haré con  
usted lo que he hecho con sus comedias: ¡patarle!



—No aspiras más, que se me va a volar el sombrero...  
 —¿Tanto te interesa tu sombrero?



Los cuatro se echaron a reír. La felicidad que sentían había borrado  
 rencores y odios

an puñetazo sobre su pupitre, rugió con enojo:

—¡Pero si eso es el anuncio de una marca de leche condensada!...

—¡Ay, qué lástima! Porque el sitio era ideal... Bueno, mire usted, lo mejor será que me dé un billete para donde usted quiera. Para un sitio que esté muy lejos...

—¿Pero en qué tren?

—¡Ay, qué pesado es usted!... Para el primero que salga, hombre. Con ese genio, va a vender usted muy poco.

Irma consiguió por fin un billete, que aunque no sabía adónde la llevaría, le permitía tomar un tren que iba a marchar inmediatamente. El mozo de la estación le llevó sus maletas hasta el coche-cama, y, dejándoselas instaladas en él, esperó la propina recordándole discretamente a la señora la obligación con un tímido:

—Espero que la señora no se olvidará de mí...

Irma le miró sorprendida, sonrió coqueta y dijo, cuando ya el tren se ponía en marcha:

—No... ya le pondré una postal en cuanto llegue.

El tren partió con un jadeo lento primero y se lanzó pronto a una

veloz carrera, arrastrando a través de los campos el convoy, que parecía un gusanillo negro entre la verdura de las praderas. Irma, apoyada en la ventanilla del pasillo, miraba desfilan ante ella en aquella visión rápida y fugaz, las bellas perspectivas de su país, inconsciente del paso que acababa de dar y que la llevaba sin rumbo a la aventura y al olvido de lo que ella llamaba *sus males*.

En uno de los compartimientos, que permanecían con las portezuelas cerradas, iba una pareja que repetía por millonésima vez una misma escena y unas mismas palabras. El la abrazaba a ella en un arranque súbito de pasión, y ella, al sentirse estrechada por aquellos brazos, decía con mal acento y pésima entonación:

—Pero, caballero, ¿qué es esto? ¿Cómo se atreve?

—No, no, no... ¡no es esto! —exclamaba él desesperado—. Tienes que decirlo con sorpresa, con dignidad, con fiereza, con indignación de mujer ultrajada... ¿No te lo he dicho ya mil veces?

—Sí, pero yo no lo sé decir. ¿Por qué te empeñas en escribirme comedias, si mi género es la revista?

—preguntó ella, que era una linda mujercita alta, delgada, bien formada, con unos ojos candorosos y una ingenuidad casi infantil.

—Porque la comedia es un género noble—replicó él, que era vehementemente, apasionado, de una exaltación artística apasionada y que tenía unos ojos negros y fogosos como de meridional.

—Es un género noble; pero no tiene lucimiento para la actriz. Venga hablar y hablar... y casi siempre con el mismo traje... En cambio, en "Las Aviadoras del amor", acuérdate... Salía yo con unas gasas en la mano y nada más... y me subían recostada en una media luna... ¡Aquello sí que era espectáculo!...

—Bueno, ahora vas a pasar a la comedia y tienes que hacer lo que yo diga. Mira, el Barón, a quien aún no conoces, te abraza... tú, claro, te asustas y te ofendes... Anda, vamos a ensayar otra vez.

Pero el nuevo ensayo no dió mejor resultado que los anteriores. La artista de revista, acostumbrada a las grandes apoteosis, no podía avenirse a amoldar a las palabras cosas que ella no sentía.

—¡Cualquiera lo haría mejor que tú! — exclamó Alejandro, des-

esperado, revolviéndose en el compartimiento que resultaba pequeño para sus nervios. — ¡Cualquiera lo haría mejor que tú!... No hace falta más que un poco de sentido común...

Alejandro abrió la puerta y vió a Irma que seguía apoyada en la ventanilla contemplando el paisaje con entusiasmo. Entonces tuvo una idea genial. Llamó a su compañera con un gesto, la hizo parar allí mismo donde él estaba y, decididamente, se adelantó hasta donde estaba Irma, y la abrazó de improviso.

—¡Pero caballero!... ¿Qué es esto? ¿Cómo se atreve? ¿Por quién me ha tomado usted? — gritó Irma indignada y roja de ira.

—¿No ves? ¿No ves? — exclamó Alejandro triunfalmente volviéndose a la artista que sonreía desde la portezuela del compartimiento. — Ya te decía yo que cualquiera lo haría mejor que tú... Usted perdone, señora — añadió inclinándose ante Irma que no había vuelto aún de su asombro —, estamos ensayando...

—¿Y qué tengo yo que ver con sus ensayos? Ensayen ustedes con un maniquí...

—Perdón otra vez y permítame

que le explique. Y que me presente antes... Soy...

—¡Alejandro Koltai! — exclamó Irma reconociéndole de pronto—. ¡El famoso comediógrafo!

—Alejandro Koltai, efectivamente—dijo el comediógrafo inclinándose profundamente ante aquella dama que en pocas palabras le había hecho tan cumplido elogio.

—He visto tantas veces sus retratos en la prensa... Y sus comedias, que me encantan. Sobre todo, "Nieve en el corazón"—dijo Irma, olvidada ya del incidente y feliz de poder entablar amistad con un hombre de tal categoría.

Alejandro se creyó obligado a presentar a su compañera, aunque ahora no le causaba gran placer encontrarse entre la artista y la dama de porte aristocrático.

—Esta señorita, no sé si usted la conocerá—dijo, titubeando.

—¡Cómo no! — exclamó Irma sonriendo y tendiendo la mano a la actriz—. Es Betty Morgan, la vedette inglesa del Empire. ¿Quién no la conoce?

—¿Quiere usted acompañarnos y hacer las paces después de ese inesperado accidente que nos ha hecho conocernos?—preguntó Koltai

ofreciendo a Irma el compartimiento.

—¡Oh, sí, con mucho gusto! — replicó Irma entrando en él y sentándose junto a Betty y frente a Alejandro, mientras iba diciendo con aquella palabrería fácil y versátil que la hacía hablar incansablemente de cualquier asunto y que había ocasionado tantos disgustos a su serio marido, el señor Tomás Karen: —¡No sabe usted cuántas veces la he aplaudido! ¡Cómo me gustaba en "Las aviadoras del amor"! Estaba usted admirable.

—Muchas gracias—replicó Betty sin orgullo ni altivez, con aquella encantadora ingenuidad que la caracterizaba y que la acompañaba siempre, aun en los momentos en que parecía que la ingenuidad estaba reñida con las palabras de la vedette.

—¡Estaba usted lindísima... Llevaba unas gasas en la mano y luego la subían a usted recostada en una media luna a todo lo alto del escenario. ¡Cómo me gustaba a mí aquel cuadro!

—Pues ya ve usted... ahora Alejandro quiere que me dedique a la comedia y que estrene una obra suya.

—¡Ah! ¿Era eso lo que estaban ustedes ensayando? —preguntó Irma con afán, mirando complacida a sus dos nuevos amigos—. ¡Ay, qué interesante! ¡Si viera usted que nunca he asistido a un ensayo! Y dígame, ¿qué comedia es?

—“El alma dormida”—contestó Alejandro mirando fijamente a la bella dama de la que se estaba enamorando rápidamente.

—¿Qué título tan bonito! ¿Será una cosa de un alma, verdad?

—Sí. De un alma dormida... —contestó Alejandro poniendo en su voz mucho romanticismo.

—Le advierto a usted que no sé por qué se llama así —intervino Betty con su ingenuo candor—. No se ve dormir a nadie en toda la comedia.

—Oye, Betty, ¿por qué no pides al mozo del vagón una botella de agua mineral? Tenemos mucha sed —dijo Alejandro.

—Llamaré el timbre.

—No, querida, está descompuesto —afirmó Alejandro que lo que quería era quedarse solo con aquella linda rubita desconocida que había palpitado hondamente entre sus brazos por un breve y maravilloso instante.

Betty lo comprendió así, pero como no era una mujer celosa y sabía que a los hombres hay que dejarles pasar sus leves caprichos, salió del compartimiento discretamente, no sin dar antes a Alejandro una mirada de inteligencia, como si le dijera: “No creas que no sé por qué me echas”.

Alejandro se levantó de su asiento y se colocó al lado de Irma, tan cerca de ella que ésta se creyó en el deber de apartarse un poquito, porque le parecía excesiva la proximidad.

—El título de mi obra es un título simbólico. De un morbosos fondo psico-analítico—dijo Alejandro volviendo a acercarse a Irma que inició de nuevo su movimiento de retroceso, murmurando algo turbada:

—¡Claro, claro! Ya lo había supuesto. Y, ¿cuándo se han casado ustedes?

—¿Casado? No. Verá usted. Yo tengo que terminar esta comedia, por eso me he traído a Betty.

—¡Ah, ya!... Como una inspiración... —dijo con reticencia Irma que había comprendido.

—Sí, como una inspiración... pero no como usted se figura. Yo ne-

cesito emociones, choque, exaltación, tensión de ánimo...—dijo Alejandro apasionadamente, acercándose a Irma que no pudo retroceder ya más porque tropezaba con la pared del coche. Si no palpito hondamente de emoción no puedo escribir una línea. Por eso me he traído a Betty, porque es completamente tonta. Así puedo yo buscarme las emociones que necesito.

Irma, que ya no sabía cómo deshacerse de aquella avalancha de pasión, contestó:

—A mí me hubiera gustado tanto ser actriz... pero como vive una rodeada de prejuicios... no lo hubiera consentido nunca mi marido.

Aquella palabra fué mágica porque Alejandro se retiró discretamente y preguntó un poco asustado ante el "coco" del marido:

—¡Ah! ¿pero es usted casada?

—Sí... hasta hace unos pocos días —replicó Irma retrocediendo el camino adelantado—. Nuestro divorcio se está tramitando. Ahora quiero vivir mi vida, como se dice.

—Ya no se dice... pero, de todos modos...—murmuró Alejandro desandando también él el camino andado y acercándose de nuevo a

Irma de tal forma que parecía iba a comérsela—. ¡Sería usted una actriz extraordinaria!—le dijo para halagarla.

—¿Usted cree?

—Adivino en usted un temperamento excepcional. Ese fuego oculto, esa gracia pristina. ¡Es usted exquisita! Bueno, y ahora, ¿adónde va usted?

—Pues no sé. He salido sin rumbo fijo.

—¡Ah, pues entonces viene usted con nosotros! Nada, nada... Hecho. He encontrado un lugar incomparable. Tres mil metros de altura en el cantón de Zurich.

—¡Oh! no sé si...

—Está decidido. Nada, nada, usted se viene con nosotros. Hay que cambiar de tren en la estación de Neuschenplatz, mañana a las ocho de la mañana. La esperamos.

—¿Hasta mañana pues? —preguntó Irma tendiendo la mano al célebre autor teatral y disponiéndose a salir para su compartimiento.

—Hasta mañana, querida —replicó Alejandro besándole la punta de los dedos en un largo y fogoso beso que la hizo a ella sobresaltar.

## ¿QUE PASA?

Tomás Karen se paseaba a grandes pasos por su despacho, dictando a su secretario que tomaba el informe taquigráficamente y miraba de vez en cuando a su jefe en el que había notado, desde que su mujer se había ido sin dejar huella, una mayor facilidad de palabra que apenas podía él alcanzar con su rapidez en la escritura de los diminutos signos que luego había de traducir.

"Y considerando que los hechos arriba relatados, constituyen en opinión de mi defendido otros tantos delitos, que caen de lleno en el artículo 520 de la ley Hipotecaria, demandamos"... ¡Adelante!—gritó Tomás al oír unos golpecitos discretos dados en la puerta, interrumpiendo el dictado.

Entró el criado, que le entregó

un telegrama. Tomás tomó el pape-lito, lo abrió nerviosamente y leyó para sí:

"Envíame por avión unas mallas de seda color carne. Estoy en el Hotel Du Chateau, Danplatz, Zurich, con el nombre de señora Blomberg. Me divierto mucho. Soy otra mujer. Irma."

Tomás Karen volvió a leer aquel mensaje incomprensible para él, y su secretario, viendo que el jefe no seguía dictándole, le repitió la última palabra del informe:

—Demandamos...

—No demandamos nada—contestó Tomás alterado—. Me voy ahora mismo a Suiza.

El secretario recogió todos sus enseres mirando al jefe con una mirada indiferente y sumisa. Tomás se paró un momento antes de

salir del despacho y preguntó a aquel infeliz:

—¿Usted sabe dónde venden mallas color de carne?

Le miró el pobre muchacho con unos ojos tan llenos de terror y de espanto que Tomás salió avergonzado de allí, dando un fuerte portazo, porque le parecía que haciendo alarde de mal genio su secretario no se acordaría de la imprudente frase de las mallas color de carne.

No paró hasta llegar al Hotel Du Chateau, en Danplatz. Entró y se dirigió al conserje preguntándole ansioso:

—¿La señora Ka... la señora Blomberg?

—¿La señora Blomberg? En el 115.

—¿Quiere anunciarme? Soy Tomás Karen, abogado de Budapest.

—La señora Blomberg está en su camerino.

—¿En su camerino? —preguntó Tomás sorprendido y asustado.

—Sí, señor. Hoy se da una gran fiesta a beneficio de los guías del Montblanc, organizada por el famoso comediógrafo Alejandro Koltail, en la que tomarán parte los huéspedes más distinguidos del ho-

tel. La señora Blomberg va a representar algunas imitaciones. ¿Desea habitación el señor?

—Sí... ¿pero no me obligarán a tomar parte en la fiesta, haciéndome tragar sables o cantar Rigoletto?

—No, señor, el programa está ya completo. Todo lo más tendrá usted que levantar el telón. Puede usted pasar al 126; el botones le acompañará.

Tomás Karen se instaló en la habitación que le habían dado y salió por los pasillos con el propósito de dar con su mujer. Como no la encontraba decidió volver a su cuarto, pero equivocadamente entró en otra habitación en donde una mujer deliciosa estaba dando los últimos toques a su *toilette*. La mujer vió por el espejo al recién llegado y exclamó con acento de júbilo:

—¡Tomás!

—¿Tú?... —preguntó él reconociendo a Irma y poniendo en su voz todo el asombro que le causaba encontrar a su esposa en aquella forma.

—Sí... yo. ¿No te dije en mi telegrama que soy otra mujer? —preguntó levantándose y dando una vuelta estudiada ante los ojos ató-

nitos de su marido, que no acertaba a reconocer en aquella mujer metida en un provocativo traje blanco, muy ceñido al cuerpo y con un amplio escote, a su esposa, a aquella esposa que siempre había hecho alarde de una elegancia severa y discreta.

—Otra mujer, bueno, ¡Pero hay que ver qué clase de mujer!—exclamó Tomás.

—¡Ah! ¿No te gusta?

—¿Quieres que me entusiasme?

—No tanto. Ya sé que eres un hombre exento de entusiasmo, sin una fibra de sensibilidad capaz de vibrar ante una pura emoción plástica—dijo Irma en un tonillo de lección aprendida.

—¿Yo? ¿Desde cuándo soy todo eso?—preguntó Tomás pasándose la mano por la frente como si sintiera vértigos.

—Desde siempre—replicó ella convencida.

—Nunca me lo has dicho.

—Es que no lo he comprendido hasta el viernes pasado.

—Bueno, como quieras... ¡pero ahora mismo nos vamos de aquí!

Irma se volvió a él, altiva, digna y resuelta, contestándole:

—Primero: no me voy de aquí

porque éste es un sitio muy sano. Segundo: no me voy contigo. Ahora menos que nunca desde que sé que eres un tipo medio...

—¿Yo un tipo medio?—preguntó Tomás fuera de sí—. ¡Vámonos! ¡Tú no pones en ridículo mi nombre!

—Primero: no pongo en ridículo tu nombre, porque ya habrás visto que he tenido la precaución de usar el mío de soltera. Segundo: no pongo en ridículo nada porque resulta que tengo un temperamento enorme y una sensibilidad agudísima.

—¿Has terminado?—preguntó Tomás, que no acertaba a explicarse el cambio dado por su mujer. (En lo único que no había cambiado era en su charlatanería.)

—Sí. Eres un ser tan beocio que has vivido cinco años a mi lado sin descubrir que tengo una espiritualidad exquisita, una cuarta dimensión proyectada hacia el infinito, y un fondo morbosos...

—Oye, ¿en qué prospecto de específico has leído todo eso?

—No lo he leído... me lo han dicho.

—¿Quién?

—Alejandro.

—¿Quién es Alejandro?—rugió Tomás presintiendo al rival.

—¡Alejandro Koltai! ¡El famoso Alejandro Koltai!—exclamó con orgullo Irma.

—¿Al que le silbaron una comedia el año pasado?—preguntó Tomás con desprecio.

—Le silbaron porque el público es incapaz de comprender las reacciones del subconsciente—replicó Irma con un tono de gran importancia—. ¡Adelante!—añadió contestando al llamamiento que se había iniciado en la puerta.

—A escena, señora Blomberg—dijo el que actuaba de traspunte.

—¿Ya?... Pero, ¿no iban antes los juegos de manos del coronel?

—Sí, señora, pero se le han visto las trampas y es preciso que salga usted en seguida.

—Voy, voy inmediatamente—dijo Irma algo nerviosa—. Oye, Tomás, ¿me has traído las mallas?—preguntó a su marido que estaba mucho más nervioso que ella y que estrujaba de rabia el paquete que tenía entre sus manos—. Si las rompes—añadió con una calma perfectamente afectada—, saldré sin mallas... Haz lo que quieras, porque a mí me es igual.

Tomás la hubiera estrangulado de buena gana. Aquella no era su mujer. ¡Era una cocota redomada! Irma, ladeando las caderas muy bien dibujadas bajo el ajustado traje, envuelta en el amplio boá de pluma que daba espiritualidad al busto descubierto, salió del camerino que le estaba destinado y se encaminó al escenario, entre cuyos bastidores Alejandro Koltai supervisaba la representación.

—¡Oh, espléndida!—exclamó Alejandro al verla aparecer—. Exactamente así es cómo yo la había imaginado. No se olvide de todo cuanto le he dicho, ¿eh?

—No, no, no me olvido.

—¡A escena, a escena!—dijo Alejandro empujándola suavemente y obligándola a entrar en escena.

Tomás, que había seguido a su mujer para vigilar todas sus acciones, se colocó al lado de Alejandro que miraba estasiado a su descubrimiento, como él llamaba a Irma.

—¡Qué extraordinario talento el de esa mujer!—exclamó Alejandro mirando a Tomás al que no conocía y con el que hablaba como hubiera hablado con cualquiera que en aquel momento hubiera estado a su

lado—. ¡Qué fina intuición!... ¡Y pensar que ha vivido en la mediocridad de una vida burguesa! ¡Yo la he descubierto! ¡Ya la he creado! ¡Yo he sido su Pígalión!

—¿Su qué? — preguntó Tomás que, en la excitación en que se encontraba, no había entendido bastante bien.

—Pígalión—repitió el otro sin dignarse volver a él sus ojos, porque estaba embebido en la contemplación de Irma que, de pie en medio del escenario, con un gesto de coquetería provocativa, cantaba con una voz bien entonada y firme y una intención marcadísima, de perfecta cantante de cabaret, un dúo digno de cualquiera vedette a la moda de costumbres desenvueltas y gran dominio de las tablas. La canción, atrevida y discreta al mismo tiempo, encerraba más veneno en la intención que ponía la cantante que en las mismas palabras de que estaba compuesta. Irma cantaba con una gracia sin igual el dúo:

Soy una mujer,  
como se puede ver,  
casi igual en aspecto a las demás...  
Pero el que me mira nota  
que siempre llevo un idiota  
detrás...  
Y no sé en mí qué hay,  
que a donde voy

la reina soy  
con sólo un... ¡Ay!...  
Cuando entro en un salón  
produzco sensación  
y las mesas inician un vaivén  
y las sillas dan un salto  
y archan las patas por alto también...  
Y armo este tropel  
porque en mí piel  
hay sex appeal...  
Al verme la nariz  
parece una infeliz;  
pero soy un peligro en sociedad,  
hasta que llegue un buen día  
que me agurre un policía  
y en paz...  
Y esto guirigay  
que armo hoy por hoy,  
por donde yo voy,  
está sólo un... ¡Ay!... ¡Ay!...

—No sé cómo ha podido vivir esta mujer cinco años con ese hombre—murmuró Alejandro mientras en la sala resonaban los aplausos furiosos que habían despertado en el público el arte y la belleza de Irma.

—¿Con qué hombre?—preguntó Tomás escamado.

—¿Con su marido! ¡Es un tipo insignificante!

—¿Y usted qué sabe?—dijo Tomás, al que le hervía la sangre en las venas.

—Me lo ha dicho ella—replicó Alejandro con aplomo.

—¿Ella? ¿Cuándo?

—A todas horas... esta misma tarde...

—¡Ah!—exclamó Tomás lleno de asombro, mirando a su mujer que llegaba a ellos con un gran ramo de flores en la mano.

—¡Maravillosa! ¡Incomparable! — se apresuró a decir Alejandro besándole la mano fervorosamente.

—Gracias, muchas gracias...

—¿No le dije a usted que era algo extraordinario?

—¡Ah!—exclamó Irma fijándose en su marido y entregándole el ramo de flores que a ella le estaba estorbando—. ¿Se conocían ustedes?

—No. No tengo el gusto—murmuró Alejandro siempre tan cortés y tan elegante.

—No tiene el gusto—replicó Tomás sonriendo irónico.

—El señor Koltai, famoso autor teatral—dijo Irma presentando—. El señor Tomás Karen, mi... mi abogado... Está encargado de gestionar el divorcio con...

—Con el cretino, ¿no?—se apresuró a decir Alejandro riendo ruidosamente.

—¿Con quién? — preguntó Tomás furioso.

—Con su marido—explicó Koltai con acento despectivo—. Desde

ahora le llamaremos el "cretino" en la intimidad.

—¿En qué intimidad?—volvió a preguntar Tomás decidido a echarse sobre aquel hombre y despedazarle entre sus brazos.

Irma debió comprender las intenciones de su marido, porque cogió del brazo a Alejandro y le dijo, poniéndose muy mimosa con él:

—¿Viene usted, Alejandro?

—¿Cómo no! Ha sido un éxito extraordinario, una creación portentosa, excepcional—iba diciendo Alejandro mientras se alejaban por el pasillo, seguidos por los ojos desesperados de Tomás que tuvo que apoyarse en una puerta para no caer... y a poco se cae, porque la puerta estaba abierta, cedió a su peso y se encontró de pronto en el camerino de Betty que se estaba arreglando de pie ante el espejo.

—¿Se está usted vistiendo?—preguntó Tomás mirando complacido el bello cuerpo casi desnudo de aquella mujer de formas perfectas.

—No, ya estoy vestida—contestó Betty con su ingenuidad encantadora, volviéndose al mismo tiempo para ver quién era el que había entrado en su habitación—. ¡Oh, qué amable es usted! ¡Qué flores tan

lindas me trae! Póngalas en cualquier sitio, donde tengan agua y no se marchiten. No puedo ofrecerle asiento porque este cuarto está hecho un lío. No sabe usted cuánto le agradezco esta visita. En Budapest, en mi cuarto del teatro, siempre tengo no sé cuánta gente. Sin duda habrá estado usted alguna vez.

—¡Oh, no, nunca!—exclamó Tomás acercándose a ella y contemplándola de cerca—. Me limitaba siempre a aplaudirla desde el patio de butacas.

—Gracias...

—Y... ¿va usted a trabajar ahora?—preguntó Tomás.

—Sí... Casi puedo decir que es mi despedida de la revista. ¿Me hace el favor de empolverarme la espalda?

Tomás tomó la borla que le entregaba la vedette y comenzó a empolverar la espalda descubierta, los hombros, la cintura y... y comenzaba a turbarse ante la impasibilidad de aquella Venus que se le presentaba casi desnuda con la misma naturalidad con que debió presentarse Eva al primer hombre de la creación, apenas hubo tomado el aliento infundido por el Creador.

—¿Deja usted la revista?

—Sí. Este año voy a pasar a un teatro de comedia... ¡Alejandro se ha empeñado!

—¿Alejandro?—preguntó Tomás desconcertado.

—Sí, Alejandro — afirmó Betty mirando fijamente al desconocido.

—¿También Alejandro le ha descubierto a usted?

—¿A mí? ¡No, hijo!—exclamó Betty poniéndose coqueta y mostrando su cuerpo perfecto—. Ya me había descubierto yo mucho antes... todo lo que se puede una descubrir sin que le ponga multa el gobernador. Alejandro es sólo un buen amigo.

—¡Ah! ¿Pero usted no ha notado que Alejandro coquetea demasiado con esa señora de Budapest?

—¡Claro que me he fijado! ¿Dónde cree usted que tengo yo los ojos?

—¿Y se queda usted tan tranquila?

—No los voy a matar a los dos por celos — murmuró haciendo un mohín de disgusto la encantadora Betty.

—No, no, claro...

—Si dejo a Alejandro por una tontería así, ¿quién me va a pagar mis vestidos, me quiere usted de-

cir? — preguntó Betty mirando a Tomás que en aquel momento tuvo una idea genial.

—Cualquiera—le respondió mirándola con ojos amorosos—. Yo mismo...

—¿Usted?

—¿Por qué no?

—¡Ay, me parece que le voy a querer a usted mucho! — exclamó Betty abrazándole para mostrarle ya desde aquel momento toda su ternura.

—¡No, no, no... eso no! — dijo Tomás dignamente, apartándose de ella con discreción—. Usted no me ha comprendido. Yo necesito que usted me ayude... Se trata de impedir que esa señora de Budapest se case con Alejandro.

—Bueno — contestó Betty aceptando—. Y para eso, ¿qué hay que hacer?

—En primer lugar cuando usted tenga ocasión de hablar con ella, dirá usted que Alejandro es un hombre intratable.

—¡Eso es muy fácil! ¡No tengo más que decir la verdad! ¿Y qué más?

—Tiene usted que coquetear conmigo cuanto pueda cuando ella esté delante.

—¡Tampoco eso me va a costar trabajo! — dijo Betty sonriendo coquetamente, porque no le disgustaba aquel caballero tan galante.

Irma había salido de su camerino y se despedía de Alejandro que no la dejaba en todo el día.

—¿Cuándo nos veremos? — le preguntó él, siempre apasionado.

—Después de la función... ¿Dónde?

—En la terraza, ¿no? En el rincón de siempre. Sin más testigos que la luna, el viento... y la nevada serenidad de las montañas.

—¡Precioso! — exclamó Irma arrebatada—. ¡Hasta luego, entonces!...

Cuando Alejandro se había ya retirado y ella iba a encaminarse a la sala de espectáculos, vió que se abría la puerta del cuarto de Betty y salía ésta con su sucinto trajecito de plumas alrededor de la cintura...

—Termino en seguida, no es más que una canción—decía Betty en tono natural, pero cuando vió a Irma, cambió de tono y poniéndose mimosa añadió—: Termino en seguida... ¡chatito!

Betty se alejó con el ramo de flores en la mano y Tomás apareció

en el quicio de la puerta, haciéndose el disimulado y como si no se hubiera dado cuenta de la presencia de su mujer.

—¿Qué hacías ahí?—le preguntó Irma furiosa.

—¿Dónde?—replicó él no dándose por enterado.

—No te hagas el tonto. ¿Por qué lleva esa mujer mi ramo de flores? ¿Por qué te ha llamado chatito?

—¿Chatito a mí? No me he dado cuenta.

—Yo sí. ¿Desde cuándo conoces tú a esa mujer?

—¡Uy! ¿Estás celosa? — preguntó Tomás muy divertido con el juego iniciado.

—¿Yo? ¿Qué risa! ¿Celosa yo!

—Entonces, no sé qué te extraña... A mí tampoco me ha extrañado que coquetees con Alejandro.

—Yo soy una mujer decente, ¿sabes?

—Lo celebro mucho.

—En cambio ella no lo es.

—¡Te prohíbo que...!

—¡Ah! ¿Me prohibes, eh? Ya te he dicho que no me importa, no voy a creer. Te puedes casar con

ella si quieres, en cuanto consigamos el divorcio.

—¡Y tú con el escritor?—preguntó Tomás que caía en la trampa que le estaba tendiendo su mujer y sentía ya morder en su corazón los celos que ella quería suscitarle.

—¿Por qué no? Se me ha declarado aquí mismo, hace un instante...

—Y tú, ¿qué le has dicho?—preguntó ansioso Tomás, temiendo que su esposa hubiera aceptado.

—¿Te importa mucho? — dijo Irma sonriendo coqueta.

—No — contestó Tomás fingiendo indiferencia.

—Pues le he dicho que sí... ¡Que sí! Para que lo sepas. ¡Le he dicho que sí!

—¿Qué le has dicho?—preguntó Tomás atontado, como si no comprendiera o no quisiera oír lo que Irma le estaba diciendo.

—¡¡Le he dicho que sí!!—volvió a exclamar Irma alejándose de su marido que se quedó aterrado, sin saber qué hacer y sintiendo como si el mundo se hubiera hundido de pronto a sus pies y se encontrara ante un abismo infranqueable.

LA MARAÑA SE ENREDA

Tomás salió a la terraza, a la amplia terraza que se abría como una galería a todo lo largo de la fachada del hotel. Y se dió de manos a boca con Antoñito Orbok, con aquel hombre tonto que a su edad seguía llamándose "Antoñito".

—¡Tomás! ¿También usted aquí?—preguntó Antoñito sorprendido por aquel encuentro inesperado.

—¿Cómo también?—replicó Tomás que sentía agudizada su suspicacia con motivo de todo lo que le estaba aconteciendo desde que había llegado a aquel maldito hotel.

—Sí, claro, sabía yo que Irma se había venido sola aquí...

—¿Y cómo sabía usted eso? ¿Quién le ha dicho que Irma estaba sola?

—Me lo dijo usted mismo la otra noche, en Budapest...

—¡Ah! Sí, es verdad, lo había olvidado—contestó Tomás sintiéndose aliviado de un gran peso—. ¿Y qué le trae a usted por aquí?

—Pues resulta que tengo el sistema nervioso hecho astillas.

—¿Sí, eh?

—Sí. La ruleta hubiera acabado conmigo en menos de un año.

—Perdía usted, claro...

—¡No, qué! Ganaba de un modo asombroso. Eso es lo que me ha vuelto neurasténico. Los médicos me han mandado aquí a buscar otras cosas en que pensar. Quizá en una mujer... una aventura amorosa, me devolvería la salud. ¡Si tengo la suerte de encontrar a esa mujer!

Tomás vió a Betty que salía en aquel momento a la terraza y tuvo una idea genial para apartar a Alejandro de los brazos de Irma: hacer

que Antoñito le robara a la amante. Llamó a Betty.

—Venga acá, que quiero presentarle a un amigo. Antoñito Orbock, el único hombre que gana a la ruleta.

—¡Oh, qué interesante!—exclamó Betty alargando su mano a Antoñito—. Tengo mucho gusto en conocerle.

—Betty Morgan — dijo Tomás acabando su presentación.

—No tiene necesidad de presentármela. ¿Quién no conoce a Betty? En escena es usted la mujer más encantadora del mundo.

—Pues en persona vale muchísimo más... Dígame, Betty, ¿dónde está Irma?

—No sé. Debe estar con Alejandro. En el rincón de siempre. Sin más testigos que la luna y...

—Voy con su permiso—dijo Tomás alejándose, porque no le placía aquella soledad de su mujer y el antipático autor teatral, teniendo como testigo únicamente a la luna. ¡Iban a encontrarse con un testigo inesperado!

—¡Pobre hombre! — exclamó Betty mirándole partir—. Está enamoradoísimo...

—Y de su mujer, que es lo más gracioso—dijo Antoñito riéndose.

—¡Ah! ¿Es su mujer? ¡Ya decía yo! Esas tonterías no las hace más que un marido. Pero, háganme de usted. ¿Cómo hace para ganar en la ruleta? ¡Sin trampas, claro!

Puestos ya en aquel terreno de juego Antoñito comenzó a hablar incansablemente, porque era el único que estaba fuerte de veras y así siguieron conversando, sentados en la terraza, a la luz de la luna, embriagados por aquellos millones de que hablaba Antoñito y que a Betty la deslumbraban más que todos los romanticismos exaltados de Alejandro.

En cambio, Alejandro y su compañera, la encantadora Irma, se habían emborrachado de romanticismo, de luz de luna, de silencio de montañas y de todas aquellas cosas tan bellas que Koltai sabía decir. Pero Irma estaba aquella noche un poco distraída.

—Me parece que su abogado está loco por usted — le dijo Alejandro que había creído ver en los ojos de Tomás todo el fuego de una gran pasión.

—¿Usted cree?... ¡No, qué disparate!...

—Pero usted no hará la tontería de divorciarse de su marido para unirse a otro hombre insignificante.

—¡Oh, no, claro! — replicó Irma fingiendo descaradamente.

—Además ese abogado debe ser muy enamoradizo... Hace un rato le estaba haciendo la corte a Betty... ¿Ve usted? Ahí viene buscándola a usted como un loco.

—¿Me buscabas? — preguntó Irma al ver aparecer a su marido con un aire muy poco tranquilizador—. Con su permiso, Alejandro, vuelvo en seguida.

Irma no quería que hubiera escándalo en el hotel, y se llevó a su marido antes de que pudiera entablarse entre los dos hombres una disputa que nadie sabía hasta dónde podría llegar.

—¿Estás dispuesto a espiarme? — le preguntó mientras iban caminando por la terraza que se iba llenando de gente—. Me quejaré al gerente del hotel.

—El gerente del hotel no tiene nada que ver con esto...

—Bueno, pues me quejaré al Patronato del Turismo.

—¡No me importa! — gritó Tomás fuera de sí.

—¡Calla, no grites!... Se va a

enterar todo el mundo... Disimula — murmuró Irma mientras cruzaban el hall y saludaba sonriendo a todos los que allí se encontraban reunidos.

—No me importa, no me importa nada... No consiento que trates a ese hombre... Tú no sabes qué clase de hombre es...

—¡Ah!... Ahora eres tú el que está celoso ...

—¡No!

—¡Sí!... Y me alegro mucho... Buenas noches — dijo Irma abriendo la puerta de su habitación.

—¿No puedo entrar en tu cuarto? — preguntó Tomás que tenía unas grandes ganas de estar a solas con su mujer.

—¡Tomás, por Dios! ¡Qué dirían en el hotel!... Te olvidas que soy una mujer casada...

Entró ella sola en su apartamento y cerró tras sí la puerta dejando a Tomás en el pasillo.

Tomás no se conformaba con poner fin a aquella aventura de una manera tan poco airosa para él. Llamó a la puerta repetidas veces, con golpes cada vez más fuertes, mientras decía a voces:

—Irma, ábreme... abre... Mira que lo echo todo a rodar... Irma,

no seas así... ¡Abre la puerta!... ¡Irma, mira que te dejo!... Me voy con otra... ¡con Betty!... Irma, abre o hago un disparate... una barbaridad de la que te vas a arrepentir toda tu vida...

A los golpes y a las voces que daba Tomás, y que recibían la llamada por respuesta, salió uno de los huéspedes del hotel que estaba ya acostado y al que aquella algarabía no dejaba dormir.

—¿Qué pasa, caballero? — preguntó dirigiéndose a Tomás que, ya fatigado de la inútil llamada, se disponía a marcharse.

—Nada — replicó Tomás mirando con ojos de ira al que venía a interrumpirle.

—Lo he oído decir que va usted a hacer algo terrible...

—Sí, seguramente lo haré...

—¿Se va usted a suicidar?

—¡Quizá!...

—¡Oh! espere un momento... Me visto en seguida... Nunca he tenido la suerte de presenciar un suicidio.

Tomás miró con desprecio a aquel importuno estúpido, y se alejó precipitadamente, decidido a hacer algún disparate, aunque no había tomado en absoluto una resolu-

ción definitiva acerca del disparate que debía cometer.

La mañana se iba enredando cada vez más y debía aún enredarse con mayor ensañamiento, como si el destino quisiera vengarse de que Irma hubiera huído de él escapándose del lado del marido al que la había atado.

A la mañana siguiente Irma salió de su habitación más fresca, más joven, más bonita que de costumbre, y bajó al hall donde encontró a Alejandro que en realidad no tenía una cara de Pascuas ni mucho menos.

—¡Buenos días, Alejandro! — dijo Irma cariñosa y alegre.

—¡Ah! ¿usted? — preguntó el otro de pésimo humor.

—Sí... ¿Qué le pasa?

—Mire, mire lo que me pasa... Betty se ha ido esta mañana al amanecer... Me ha dejado esto escrito...

—¿Se ha ido?... ¡Pues buen viaje! — exclamó Irma a la que no hacía ninguna impresión el que la inglesita se hubiera decidido a abandonar al autor teatral.

—¿Cómo que buen viaje?— preguntó Alejandro al que le dolía mucho el abandono.

—¿Claro? ¿No la odiaba usted?

—¿Quién ha dicho que yo la odiaba?

—¿Usted mismo!

—Bueno, sí, la odiaba — replicó Alejandro un poco desconcertado—. La odiaba, ¿y qué? ¿Es que no puede uno odiar a quien le dé la gana?... ¡La odiaba, claro que la odiaba!... Pero me había acostumbrado a odiarla... No podré odiar a otra mujer como a ella.

En la voz de Alejandro había temblor de lágrimas, pero Irma no se daba cuenta de ello, porque estaba muy contenta y no podía sentir el pesar ajeno.

—No haga usted caso, esas cosas hay que tomarlas con calma y esperar...

—¡Con calma!... ¿Cómo voy a tomar yo con calma el que Betty se haya ido con otro?

¿Con otro? Aquello era ya otro

cantar. Todo el buen humor de Irma desapareció como por encanto.

—Pero... ¿se ha ido con otro?— preguntó, alarmada seriamente—. ¿Con quién?... Ese otro es Tomás, estoy segura... Me lo anunció él mismo anoche.

—Bueno... — contestó con indiferencia Alejandro al que el nombre del rival le importaba poco.

—¡Bueno!... ¡Bueno!... Es muy fácil decir: "¡Bueno!" cuando a uno no le interesa nada... Pero es que el que se ha ido con Betty es Tomás... pregunte ahora mismo dónde han facturado el equipaje... Tenemos que seguirles ahora mismo... Hemos de sorprenderles... ¡Vamos, pronto!

Alejandro creyó muy oportuno seguir las indicaciones de Irma y partieron los dos en dirección a Monte Carlo, donde habían marchado los dos tórtolos.

\* \* \*

En la habitación del hotel, en Monte Carlo, Betty y Antoñito estaban disputando. Mejor dicho, la que disputaba era Betty sola, porque Antoñito estaba embebido en una serie de elucubraciones, con una ruleta puesta sobre las rodillas y el papel y el lápiz en las manos, estudiando la serie de puntos que se podían ganar fácilmente.

Betty se paseaba por la habitación y hablaba y hablaba sin conseguir que el otro le hiciera caso.

—Nunca me he aburrido más tiempo junto — decía en aquel su español un tanto deformado por su lengua de origen—. Hasta llegar a Monte Carlo eras otro hombre... Pero ahora es horrible... ¡horrible!... Llevo doce horas mortales de aburrimiento seguido... Dí algo... dí algo... si a lo menos dijeras algo...

—Diez y siete, negro... — murmuró Antoñito que no escuchaba a la mujer.

—¿Qué? — preguntó ella deteniéndose.

—Veintitrés, encarnado... ¿Decías algo?

—Sí, te digo y te repito que estoy hasta aquí. Anoche esperando en el casino hasta las dos de la mañana, a que terminaras de jugar a la ruleta...

—¿No te compré anoche mismo una pulsera?... Es lo que hacen todos los que ganan... — replicó Antoñito indiferente, sin dejar de hacer números en su libretita.

—Sí, me compraste una pulsera... Pero, ¿qué? ¿Te crees que con comprarme una pulsera ya está todo arreglado?... ¡Mira para qué quiero yo tu pulsera!... ¡mira! — exclamó arrojándola al suelo con

toda su rabia—. ¿Ves?... ¿Qué dices ahora?

—¡Que ya encontré la combinación!... Esta noche desbanco a todas las mesas que quiera... Voy a cambiarme de ropa...

Antoñito se levantó y se dirigió al cuarto de baño decidido y sin fijarse en la mujer que vigilaba su pulsera y que gritó, al ver que él la iba a pisar:

—¡Fíjate dónde pones los pies!... ¡Vas a pisar mi pulsera!...

Entretanto, en el pasillo, frente a la puerta del apartamento de Betty y Antoñito, Irma, Alejandro y el maître de hotel, discutían acaloradamente.

—¡Abra usted esa puerta! — gritaba Irma impaciente y celosa.

—Señora, no sé si debo... la verdad... Espero que no se tratará de un escándalo vulgar...

—No sé si será vulgar o no; pero que será un escándalo no le quita ninguna duda...

—La Dirección nos tiene prohibido el escándalo vulgar... Este hotel ha tenido los mejores escándalos de la temporada.

—Bueno, abra usted en seguida...

—Abra, hombre, haga el favor...

no nos haga esperar más tiempo... — intervino Alejandro que estaba tan nervioso como Irma.

El maître abrió y se precipitaron en la habitación Irma y Alejandro.

—¡Aquí están! — exclamó Irma satisfecha de poder encontrarlos infraganti.

—¡Alejandro! — exclamó Betty muy cariñosa intentando abrazar a su amante.

—¡Déjame! — exclamó éste muy digno—. No esperaba menos de ti...

—¿Y el seductor? ¿Dónde está el seductor? — preguntó Irma en un tonillo que no admitía réplica.

—¿Qué seductor? — preguntó Betty abriendo mucho sus ojos candorosos.

Irma, que se había acercado al cuarto de baño y había abierto la puerta para sorprender al malvado, dió un grito estridente y se apresuró a cerrar, sonriendo a todos con una sonrisa ruborizada y feliz.

—¿Qué pasa?

—¿Qué has visto?

—¡Ay... no me pregunten! — respondió Irma todavía ruborizada y contenta—. Pero, ¿dónde está

Tomás? — preguntó dirigiéndose a Betty.

— ¿Tomás?... Resulta que...

— ¿Pues quién está ahí dentro?

— preguntó Alejandro indignado.

— Antoñito — replicó Irma llena de satisfacción.

— ¿Y quién es Antoñito?

— ¿Qué le importa a usted? — preguntó Irma que ya no sentía celos, ni angustias, ni inquietudes y creía que a los demás les había de pasar igual—. ¡Siendo Antoñito!...

— ¡Cómo que qué me importa!... ¡Siendo quién sea!... — exclamó Alejandro que sentía su honor pisoteado—. Has traicionado la fe que puse en ti... Has puesto mentira y engaño en la mejor hora de nuestro amor — dijo, dirigiéndose a Betty,

— Bueno, no nos irá usted a colocar todo el disco — interrumpió Irma cogiendo del brazo a Alejandro—. Perdónela, es una locura de juventud...

— ¡La perdono!... ¡Pero ha muerto para mí!...

— ¡Oh, Alejandro! — imploró Betty llorosa.

— ¡Adiós para siempre! — exclamó el autor teatral que sin duda se sabía de memoria todas las

frases que intercalaba en sus obras truculentas.

— ¡Ha dicho que para siempre!

— gimió Betty abrazando a Irma.

— No haga caso... se dice mucho... Ya volverá, verá usted... Adiós, querida, ¡Que sea usted muy feliz!

— ¿Con quién?

— Con cualquiera. El caso es ser feliz... ¡Ah! Y salude usted a Antoñito, cuando se haya secado... Vamos, Alejandro...

— Vamos.

Salieron al pasillo donde les aguardaba una nueva sorpresa. En aquel instante llegaba Tomás desencajado, pálido, ojeroso, despedido...

— ¡Tomás! — exclamó Irma encantada, queriendo abrazarle.

— ¡Déjame!... ¡Quería convencerme por mis propios ojos y me acabo de convencer...

— ¿De qué?

— ¡Has traicionado la fe que puse en ti!... — exclamó Tomás sintiendo ofendido su honor.

— ¡Ah!... ¿Usted también sabe el disco? — preguntó Alejandro que había creído hasta entonces contar con la exclusiva de aquellas frases retumbantes.

—Pero Tomás... ¿qué dices?... ¡Déjame que te explique!...

—¡Cállate!... ¡No quiero que me expliques nada!... ¡Cállate!... ¡Y usted!... ¡Usted!... — rugió con la voz temblorosa, dirigiéndose a Alejandro.

—¿Yo?... ¿Qué?...

—Tomás, mira que te equivocas... que no es lo que tú te figuras...

—¡Oh!... Lo estoy viendo con mis propios ojos... ¡y quieres negarlo!... La huida, juntos... El encuentro, juntos... solos en un hotel... ¿Se puede negar la evidencia? ¿Se puede negar? — preguntó mirando al maître que encontraba muy interesante el escándalo y que se hubiera atrevido a afirmar que era el más interesante de toda la temporada.

—No, no se puede negar — afirmó el maître.

—Es todo lo que quería saber — dijo Tomás echando fuego por los ojos.

—¡Oh, Tomás, no me vayas a decir que he muerto para ti!...

—Sí, muerta y para siempre... Y ese señor también...

—¡Oiga! — exclamó Alejandro, disponiéndose a entablar una discu-

ta con aquel hombre para él desconocido.

—¡Alejandro, no! ¡No, Tomás! exclamó Irma interponiéndose entre los dos hombres.

—Está bien, aquí no — dijo Tomás dignamente—. No quiero dar escándalos... Pero donde le vuelva a encontrar haré con usted lo que he hecho con todas sus comedias: ¡patearlo!

—¡Tomás! — murmuró Irma queriendo detenerle, pero sin conseguirlo, porque Tomás bajaba ya las escaleras y se alejaba de aquel lugar en donde había sido ultrajado y deshonrado por la mujer amada.

—Pero ese hombre, ¿con qué derecho dice esas cosas? — preguntó Alejandro que no se le alcanzaba que Irma pudiera escuchar todo aquello de labios de su abogado.

—¡Con todos los derechos! — exclamó Irma con orgullo—. ¡Con todos los derechos! ¡Es mi marido!

—¡Su!... ¡Oh!... ¡Qué horror!... ¡Claro!... Y ha supuesto que...

—Sí, que usted y yo...

—¡Anda!... ¡Atiza!... — gritó Alejandro olvidándose un poco de todos sus romanticismos de autor teatral.

—¿Qué hago yo ahora? — se preguntó Irma poniendo una carita tan compungida que sólo de verla daban ganas de llorar—. ¡Qué vergüenza!... ¡Eso es la deshonra!... Vendrán nuestros nombres en los periódicos...

—Perdone la señora—interrumpió el maître que ahora estaba más convencido que nunca de que el escándalo era el record de todos los de la temporada—. Si ustedes tienen mucho interés en ello no aparecerán nada más que las iniciales.

—¡Oh, es horrible, horrible! — lamentaba Irma ofendida—. Usted ha puesto mi honor en entredicho...

—¿Usted cree? — preguntó Alejandro al que aquel último golpe había dejado anonadado.

—¡Vaya si lo creo!... Mañana mismo nos vamos a Budapest y en cuanto consiga el divorcio...

—¿Qué quiere usted decir?... ¿Que...?

—Sí, eso mismo, precisamente eso mismo, si es usted un caballero pundonoroso.

—¡Comprendo!... Basta. Me sacrificaré — afirmó Alejandro en un tono melodramático que para representar uno de sus dramas hubiera resultado exaltadoramente bello.

—¿Sacrificarse?... ¿Ha dicho usted sacrificarse? — preguntó Irma indignada y queriendo pegar a aquel hombre que, después de deshonrarla, la insultaba de una manera tan cruel...

\* \* \*

Alejandro e Irma marcharon a la estación. Ella tenía atravesada aquella palabrita del sacrificio y, siguiendo la costumbre inveterada

de ser ella la única que hablara de un tema, cuando el tema le convenía sostenerlo, seguía machacando a Alejandro la célebre palabreja que

no había podido digerir en toda la noche y que sin duda alguna tardaría mucho tiempo en poder digerir.

—¡Sacrificarse!... ¡Dijo usted sacrificarse!... ¡Sacrificarse!...

—No, no dije eso.

—¡Vaya si lo ha dicho!... Y además ha perdido usted mi saco de mano.

—Debe estar con el resto del equipaje.

—No, no está.

—¿Lo ha visto usted?

—No. Pero no necesito mirarlo para saber que no está...

Subieron al tren y se encerraron en el compartimiento. Alejandro sacó un periódico y se puso a leer, mientras Irma, nerviosa, descontenta, enojada, le miraba y sentía ganas de arañarle y de arrancarle el monóculo impertinente que hasta entonces le había parecido elegantísimo y que ahora encontraba detestable.

—La otra vez que viajamos juntos era usted más amable — dijo por fin Irma, sintiendo el diablillo de la tentación de discutir algo, fuera lo que fuera, con tal de poder hablar.

—Sí — contestó secamente Ale-

jandro sin dejar de leer el periódico.

—Y se hubiera usted *sacrificado* con mucho gusto... — insinuó Irma con coqueta intención.

—Sí — replicó de nuevo, más secamente que la otra vez, el autor teatral que no podía sufrir aquella constante interrupción en su lectura.

—Y me encontraba usted mucha personalidad...

—¡Sí! — gritó Alejandro levantándose y abriendo la puerta del compartimiento.

—¿Dónde va usted?

—Al coche restaurante a ver si puedo leer con tranquilidad este periódico.

—¡Oh, qué bochorno!...

Irma se quedó sola. Entretanto hacía ya mucho rato que viajaba también sola en otro compartimiento Betty, que había subido al tren acompañada de Antofito, pero Antofito estaba siempre triste y siempre preocupado, y aquello a Betty no le gustaba.

—¿Qué te pasa? ¿Estás preocupado? — le había preguntado Betty mientras esperaban que el tren se pusiera en marcha.

—¿Yo?... ¿Es que se me nota?—

preguntó Antoñito con muy poca educación.

—¡Muchísimo!...

—Mira, Betty, hay entre nosotros algo más fuerte que se interpone... —había comenzado a decir Antoñito cuando le interrumpió el silbido de la locomotora—. ¿Qué es eso?— preguntó sobresaltado.

—Es la señal de partida —replicó Betty siempre candorosa—. El tren va a salir.

—¡Oh, no, no, no, no!... —gritó Antoñito tomando sus maletas y disponiéndose a marchar.

—¿Qué vas a hacer, Antoñito?

—Yo no me voy de Monte Carlo mientras quede una ruleta... Lo siento mucho por ti... Me eres muy simpática... pero ¡adiós!...

Y sin más explicaciones había descendido del vagón cuando el tren comenzaba a marchar.

## TRAS LA TEMPESTAD... ¡LA FELICIDAD!...

Betty se había quedado sola en el compartimiento, pero no había cerrado la puerta. Era una mujer que no podía viajar sola y, por si acaso, dejaba siempre abierta la puerta, para ver si encontraba compa-

ñía... Esta vez el destino le tenía preparada una sorpresa. El primer viajero que acertó a pasar por allí, el primero que se detuvo a mirar, agradablemente admirado, las pantorillas finas y moldeadas que aso-

maban bajo la falda corta de la artista, fué el propio Alejandro.

—¡Alejandro! — exclamó Betty que sentía un gran placer en volver a ver a aquel hombre apasionado y fogoso que la había hecho bastante feliz—. ¡Alejandro! — volvió a susurrar abrazándole en un abrazo cordial, de bienvenida y de cariño.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Alejandro sin hacer esfuerzo alguno para desprenderse de los brazos que le retenían.

—¡Alejandro!... Y tú... ¿vienes con ella?

—Sí... ¿Qué iba a hacer?... ¡La he deshonrado!

—¿Tú crees?

—Eso dice ella...

—¡Pobrecito!... —murmuró Betty besando suavemente la mejilla del autor teatral que comenzaba a sentirse de nuevo inspirado.

—¡Tú tienes la culpa de todo! — exclamó, no queriendo claudicar tan pronto.

—Sí, sí, pobrecito... Ha sido horrible... pero yo te prometo que no volverá a pasar...

Y mientras le tenía abrazado muy fuerte, muy fuerte con una mano, con la otra cerró discretamente la portezuela del compartimiento...

¡Había encontrado la compañía que buscaba!

Irma, en cambio, se había quedado sola y con la puerta cerrada... Estaba triste y se acordaba de su marido más de lo que ella quisiera. Pero se apartaba la idea del pensamiento y miraba el paisaje como si quisiera buscar en él olvido para sus penas.

De pronto la portezuela se abrió y asomó un rostro...

—¡Tomás! — gritó Irma con entusiasmo.

Pero el rostro desapareció, sombrío y taciturno. Irma no pudo estar quieta en su asiento. Se levantó y salió al pasillo. Allí estaba él, asomado a la ventanilla, fingiendo ignorarla, sombrío el rostro, cejijunto, enojadísimo.

Irma le miró sin atreverse a acercarse a él. Le miró una y otra vez y otra vez más sin lograr que sus miradas se cruzaran. Tomás seguía empeñado en mirar el paisaje que ella estaba segurísima no le podía interesar.

Irma comenzaba a descorazonarse en aquella vana espera y, para llamar la atención de Tomás, dió un gran suspiro:

—¡Ay!...

No volvió Tomás la cabeza, pero Irma se había propuesto fastidiarle hasta que le dijera alguna cosa y volvió a suspirar:

—¡Ay!...

Tomás movió el pie, signo inconfundible en él de que comenzaba a impacientarse y a ponerse nervioso. Irma, que le conocía bien, volvió a suspirar otra vez:

—¡Ay!...

—No suspires más, que se me va a volar el sombrero — dijo por fin él en tono adusto.

El hielo estaba roto. Irma sonrió satisfecha de su táctica y preguntó melosa:

—¿Tanto te interesa tu sombrero?

—No... ¿Por qué? — preguntó Tomás mirándola ahora por primera vez.

Irma no contestó y entró en su compartimiento, adonde la siguió Tomás que se sentó al lado de ella. Irma, que no sabía cómo romper la conversación, suspiró como si fuera aquel su único recurso.

—¡Ay!... — pero en el acto se contuvo acordándose del sombrero de Tomás, aunque ahora no estaba en la ventanilla abierta y no era tan fácil que pudiera volársele.

—¿Vienes con él? — preguntó Tomás que tenía más ganas que ella de hablar y de aclarar la situación.

—Sí... Como tú no quisiste oírme...

—Yo sí quise... pero la cosa era tan...

—¡Parecía tan!... — exclamó Irma mirando francamente a su marido sonriéndole con ternura y cariño—. ¿No me crees? — le preguntó abrazándole suavemente y apoyando su cabecita rubia en el hombro de Tomás.

—Sí, sí, te creo — replicó éste besándola con una incontenida alegría—. Sí, te creo porque te conozco y sé que eres incapaz de hacerme un daño serio... Te creo y te quiero... Nos apearemos en la primera estación... ¿quieres?

Irma entornaba los ojos para gozar mejor de la felicidad de sentirse protegida por el único hombre al que había amado en toda su vida y asentía a cuanto él le proponía en aquel momento de incomparable felicidad.

Tomás la besaba y la contemplaba como si la viera por primera vez, como si la hubiera encontrado después de una larga ausencia, como si la hubiera recuperado

después de haberla creído perdida para siempre.

—No volveremos a disputar nunca, ¿eh? — le preguntó al oído como un susurro medroso.

—¿Nunca?... — preguntó Irma incorporándose y mirándole con una sonrisa maliciosa y traviesa—. ¡Ay, qué lástima!... ¡A mí que me gusta tanto disputar!...

—Bueno, para que estés contenta disputaremos de vez en cuando.

—Sí, perfectamente... Los jueves... de tres a cinco, ¿quieres? — preguntó ella riendo francamente ante la ocurrencia.

Se abrazaron otra vez y volvieron a besarse. Estaban decididos a apearse en la primera estación, fuera la que fuese, y pasar allí unos días deliciosos de luna de miel. Cuando el tren se detuvo no miraron el lugar y bajaron como dos recién casados, como dos niños en plena felicidad.

Era una pequeña estación perdida en mitad del bosque, en plena montaña Suiza, una pequeña estación hecha para los turistas y para los amantes de las grandes soledades montañosas. El poblado debía estar lejos, porque por los contornos

no se veía nada más que una vegetación exuberante.

La pareja dio vuelta a la estación en busca de algún vehículo que les llevara hasta el hotel... y al dar la vuelta a una de las esquinas del edificio se dieron de manos a boca con Alejandro y Betty.

Los cuatro se echaron a reír. La felicidad que todos sentían había borrado rencores y odios. Ahora eran todos buenos amigos que gozaban con su propia dicha y comprendían generosamente la de los demás.

—¡Enhorabuena! — exclamó Betty abrazando a Irma.

—¡Enhorabuena! — contestó Irma devolviendo a Betty el abrazo.

—¡Este es un lugar maravilloso! — dijo Tomás estrechando la mano de Alejandro al que unas horas antes hubiera de buena gana pateado.

—¡Un lugar maravilloso para una luna de miel! — exclamó con apasionamiento el vehemente autor teatral.

Tomás se rió satisfecho y dijo, mostrando a Betty:

—¿Para una luna de miel... o para dos?

Alejandro fué entonces el que sonrió con beatitud, devolviendo a

Tomás el apretón de manos que les hacía amigos.

Uno y otro habían olvidado por completo el incidente que había estado a punto de hacerles enemigos mortales para toda una vida. Uno y otro habían olvidado que al primer encuentro Tomás tenía que patear a Alejandro, si éste se hubiera dejado... Uno y otro contemplaban con apasionada ternura a las dos mujeres, que se habían encaminado al único coche que esperaba en la estación.

—¡Oh, qué lástima!... ¡No hay más que un coche! — dijo Betty cediendo el paso a Irma.

—No importa. ¿Quieren ustedes ser tan amables de hacernos el honor de acompañarnos? — dijo Tomás ayudando a subir al coche a Betty que se lo agradeció con una de sus más encantadoras y sus más ingenuas sonrisas.

—¡Oh!, muchas gracias — dijo Alejandro cediendo el paso a Tomás.

—No, de ningún modo, pase usted primero... — dijo éste haciéndose a un lado y obligando al autor a subir primero.

Cuando ya estuvieron instalados, el cochero, al que nadie se había cuidado de dar órdenes, se volvió y preguntó:

—¿Adónde van?

—¡A la felicidad! — exclamó Alejandro con su entusiasta vehemencia.

—Pero pare antes en algún sitio donde podamos almorzar — añadió Irma a la que la felicidad despertaba el apetito.

Y al cascabeleo producido por el trotar del caballo, se mezcló el cascabeleo de las risas juveniles de los cuatro que, dentro del coche, iban camino de la felicidad...

FIN

**EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

**Barcelona: Barbara, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11**

# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

- La vida alegre.  
El gran desafío.  
Miguel Sivogoff y el Correo del Zar.  
La princesa que supo amar.  
El coche número 11.  
Sin familia.  
Mare Nostrum.  
Nació, el hombre que se vendió.  
Cabra.  
El fin de Montecarlo.  
Vida bohemia.  
Nada.  
(Adán, juventud!)  
El judío errante.  
La mujer desolada.  
La Ua Romana.  
Cassanova.  
Hotel Imperial.  
Don Juan, el burlador de Sevilla.  
Molte nepol.  
El séptimo cielo.  
Buen Guero.  
Los vencedores del futuro.  
La esposa de un.  
Ben-Hur.  
El demonio y la carne.  
La catástrofe del Líbano.  
La tierra de todos.  
Tripulio.  
El rey de reyes.  
Sangre y arena.  
La ciudad castigada.  
Aguilas triunfantes.  
El sargento Malacata.  
El rapido Savelli.  
El jardín del edén.  
La princesa mártir.  
Ramona.  
Dos amantes.  
El príncipe rusuliano.  
Ana Karenina.  
El destino de la carne.  
La mujer divina.  
Alas.  
Cuatro hijos.  
El carnaval de Venecia.  
El ángel de la cruz.  
La última cita.  
El asesino.  
Amantes.  
La ballarina de la Opera.  
Maurin Buge.  
Ben Ali.  
Los cuatro diablos.  
Río, payaso, del.  
Volga, Volga.  
La ciudad papística.  
Un cierto muchacho.  
Hondalga!  
La ruta de Singapur.  
La actriz.  
Mister Wu.  
Remate.  
El despierto.  
La melodía del amor.  
Las tres naciones.  
Cristina, la Holandesa.  
¡Viva Madrid, que es mi patria!  
Sombras blancas.  
La copia andaluz.
- Los sucesos.  
Luz.  
El conde de Montecarlo.  
La mujer ligera.  
Vigilantes modernas.  
El pagano de Tahiti.  
Bañistas dichosas.  
La venta del 38.  
Reto en el cielo.  
Repetimos.  
Evangelina.  
Orquídeas salvajes.  
El caballero.  
Krisvigo.  
La máscara del diablo.  
El que cuenta de nada.  
Vida helada.  
Pasión.  
Tentación.  
La pecadora.  
El beso.  
Ala se va a la guerra.  
Los hijos de nadie.  
El pasador de perlas.  
Santa Isabel de Cerca.  
Las Dos hermanas.  
La canción de la empresa.  
El precio de un beso.  
La república del recuerdo.  
Delicatessen.  
Del mismo barro.  
Luchadores.  
Cuatro de Infantería.  
Olimpia.  
Monsieur Sans-Gené.  
Sombras de gloria.  
Mambo.  
Molte (la gran parada).  
El valiente.  
(De frente... marchen!)  
Primo.  
El precioso.  
Romanos.  
El gran charco.  
Tempestad.  
El don del var.  
Anne Christie.  
Sevilla de mis amores.  
Hermanos curules.  
Ben-Hur (edición popular).  
La inextinguible.  
El mal.  
El payo real.  
Solo el tacho de París.  
We-B-chang.  
Montecarlo.  
Camino del infierno.  
¡Mio seriel!  
Alalova!  
La mujer que amamos.  
Al compás de 3-4.  
La princesa canamocana.  
Amante de amor.  
El gran desafío (edición popular).  
Du Barry, mujer de pasión.  
La noche alegre (edición popular).  
Ángel del infierno.  
Corpo y alma.  
El impostor.  
Repases a medias.
- Esclava de la luna.  
Paul Caff.  
Ray que caía al príncipe.  
Imaginación.  
El proceso de Mary Dugan.  
Marrucos.  
En cada puerto un amor.  
(Conoce a tu mujer?)  
El millón.  
La mujer X.  
Gente alegre.  
Mar de fondo.  
La dama sagrada.  
La ley del harén.  
Vidas truncadas.  
La hora del mar.  
Tubo.  
El pecado acuta.  
Papa siempre larga.  
Trufo Hoen.  
Un yacuí en la corte del rey Arturo.  
El código penal.  
La pura verdad.  
Maternidad y el seracho a la vida (una de series).  
Carbón (La tragedia de la mina).  
Estudiantina.  
Las peripecias de Shippy.  
(Out violin!)  
El camino de la vida.  
Noches de Viena.  
Mamá.  
Bran teatro.  
Cheri-Bibi.  
Béame una vez.  
Camareros de lujo.  
Los hijos de la calle.  
La divorciada.  
Madame Satán.  
(¿Cuándo te suicidas?)  
Marianita.  
El cancer amarillo.  
Honorato a tu madre.  
La última noche.  
Las alegres chicas de Viena.  
Viva la libertad!  
Salvada.  
El tentado del amor.  
Delicioso.  
Cinco echado.  
Amargo idilio.  
Honre entre amantes.  
Para alcanzar la luna.  
El hombre que asesinó.  
Rindase!  
La colle.  
El arriano.  
Milicia de paz.  
Amores de medianoche.  
Miguel Sivogoff y el Correo del Zar (edición popular).  
La hermana San Sulpicio.  
El demonio y la carne (edición popular).  
La dama misteriosa.  
Las clavetas de la Virgen.  
Pareja de baile.
- Al Capone (Pánico en Chicago).  
Mi último amor.  
Nueve días de uniformes.  
Marido y mujer.  
Mata-Hari.  
Congrada (fuera de serie).  
Correderas.  
Grave una vez en vida.  
Hombres en mi vida.  
Niola.  
Robeco.  
Indecente.  
Tarzan de los monjes.  
El torro del campo.  
La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.  
Cinco Ocho.  
Recien casados.  
Champ (El campo).  
La sarga del lugar.  
Los amores de José Modica (fuera de serie).  
El caballero de la noche.  
Armas Lugin.  
La dama del 11.  
Amor en venta.  
El pecado de Medelón.  
Claudio.  
La casa de los muertos.  
Flecos del cielo.  
El proceso Dreyfus.  
La vida de un gran artista.  
El último varón sobre la Tierra.  
Panteras.  
Violetas imperiales.  
Boy una fugitiva.  
Terrestre.  
La película de las estrellas.  
Las Grand Hotel (fuera de serie).  
Hollywood al desnudo.  
Sangre roja.  
El doctor X.  
Roma.  
Primavera en mayo.  
El hijo del destino.  
Ella o ninguna.  
El enemigo de la sangre.  
El azul del cielo.  
El monarca de la ciudad.  
El hombre que se reía del amor.  
Luzo Lanco.  
Mercado de mujeres.  
Mama culpables.  
La primavera en Giverny.  
La mesa asesina.  
El rey de los gigantes.  
El sargento X.  
Los seis misterios.  
Pois está modero.  
La novia de Rococa.  
Beate al parer.  
El mayor amor.  
El capitan fantasma.  
Al despierto.  
El robo de la Muroa Lisa (La Chocceda).  
La edad de amor.  
Salvada.  
Discreto por amor.

Corazones sin rumbo.	hijo.	Se ha fugado su preso.	El primer amor.
Corazones valientes.	Canción de Oriente.	El error de los padres.	Reclamo.
Irreata-Fugazam-Demora	La amargura del general	La ciudad de arrón.	Un capicán de cosas.
(Bata de serie).	Yan.	Honduras de infierno.	El altar de la moda.
Los tres marquetaros	Reclamo.	Dona Franciscoquina.	La virgen de la roca.
(Los Helechos de	La vida privada de Zar-	El café de la marina.	La herencia.
relos).	que VIII.	El agua en el cielo.	Madama Du Barry.
Milady (Segunda parte de	Por Diavolo.	El boudoir y la dama.	Bucolía una noche.
Los tres marquetaros).	El padrino ideal.	Esclavos de la tierra.	Pueden happenos.
Exclavitud.	El peño errante.	¡ Mujeres y ¡ Don Juan.	¡ Vives la vida!
La calle 42.	El hijo de la parroquia.	Alma de bailarina.	El negro que tenía el al-
Los dos hermanitos.	Lette Lynton.	Yo he sido espía.	ma blanca.
Canalgata.	Sacrio Chino.	No seas calaca.	Carolina.
Secreto.	Yo, 10 y ella.	Duette de candelillas.	Cuenta abajo.
La feria de la vida.	Un ladrón en la alcoba.	Aves en rumbo.	Sola con su amor.
Una morena y una rubia.	El cantar de los cantares.	Simona es así.	El mundo cambia.
Como 10 me detest.	La llama eterna.	Proceda en la calle.	Canción de tuna.
El reclamo.	Un hombre de curacán.	Una noche en El Cairo.	Faz en la tierra.
El amor y la sueta.	Sierra de Ronda.	Rosa de medianoche.	La dama del boulevard.
Una viuda rougnista.	El ray de los tórnos.	El rey de la plaza.	La hermana San Sulpicia.
Suspensión y la Zarina.	La Cruz y la Espada.	Sobre el cicno.	El signo de la muerte.
Susana tiene un secreto.	El canto del rubicón.	Las verguenas del obco-	La doctora.
20,000 euros en Sing Sing.	Adios a los arcos.	coma.	Las fronteras del amor.
Huérfanos en Sanapeti.	La montaña.	Sol en la nieve.	Woodes Bar.
¡ Milagro!	¡ Tú eres mi!	Madres de haridones.	La dama de las camelias.
Vivimos hoy.	Catalina de Rusia.	La portera de la fabrica.	La doncella de puerin.
Odin.	Tempestad al amanecer.	Granaderos del amor.	Caravana.
Los criminales del museo.	Santa.	Fanny.	Huérfa de mañana.
El secreto del mar.	Beleza a la venta.	Siempre en mi corazón.	Así con la mujer.
Mis labios engañan.	Aljib.	Irón y su compaña.	La huacaventura.
Mo deica la puerta abierta.	La hermana blanca.	El esta y el violín.	Nada más que una mujer.
Una noche.	La Reina Cristina de Sue-	Sur Angélica.	Dama por un día.
La melodia prohibida.	cia.	Jedra.	
El primer decacho de	El Por un solo deolla.	Casanova.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA SENSACIONAL NOVELA

**¡VIVA VILLA!**

por WALLACE BEERY, FAY WRAY, etc.

**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre lo mejor

$$4\frac{1}{2} \times 2 = 9\frac{1}{2}$$

$$4\frac{1}{2} \times 2 = 9\frac{1}{2}$$

$$\frac{7}{5}$$

$$\frac{35}{5}$$

$$\frac{19}{2}$$

$$9\frac{1}{2}$$

**E. B.**

**Precio: Una peseta**